

Max de Bazelaire s.j.

EL PADRE DE CLORIVIÈRE

(1735 – 1820)

INDICE

	<u>Página</u>
1.- Nacimiento. Vocación. Formación. Profesión (1735-1820)	2
2.- El P. de Clorivière en Francia después de la supresión de la Compañía. Párroco de Paramé.	14
3.- El P. de Clorivière superior del Colegio diocesano de Dinan	19
4.- Los preludios de la Revolución (1789-1790).	23
5.- Doble inspiración. Doble fundación	26
6.- Bajo el Terror (1792-1804). Aprobación de las dos Sociedades por el Papa Pío VII	35
7.- El complot de la máquina infernal (1801) Arresto y proceso de Madre de Cicé.	39
8.- En Provenza	42
9.- Arresto y prisión del P. de Clorivière (1804-1809)	45
10.- El P. de Clorivière autor de cartas	52
11.- El P. de Clorivière y la restauración de la Compañía de Jesús en Francia (1814-1820)	56
12.- Originalidad del P. de Clorivière en sus Fundaciones. . . .	64

NACIMIENTO, VOCACION, FORMACION, PROFESION

(1735-1773)

El 23 de febrero de 1756, un hombre alto, un estudiante con aspecto distinguido, salía recogido de la capilla de los jesuitas que entonces estaba en la calle del Pot-de-Fer, donde contrariamente a su costumbre había venido a participar en la eucaristía y a comulgar.

Una persona que no le conocía le siguió hasta la puerta y le dijo: “Dios le llama bajo la protección de San Ignacio y de San Francisco Javier. Aquí se encuentra el noviciado de los jesuitas: ¡entre!; el Señor me ha dado a conocer su voluntad justo en el momento en el que usted entraba en la iglesia”.

Sea que esta invitación haya ocurrido por inspiración sobrenatural, sea que haya sido fruto de una intuición natural por la piedad y el recogimiento del joven, la predicción se realizó ampliamente.

Este estudiante, Pedro-José de Clorivière, sería jesuita, incluso sería el último profeso en Francia antes de que la Compañía de Jesús fuese suprimida en 1773. Y debía de ser, por el contrario, el primer profeso de Francia una vez restaurada la Compañía cuarenta años después, en 1814. Mientras tanto, los acontecimientos lo llevaron a Bélgica, Inglaterra, lo devolvieron a su tierra de Bretaña como párroco de Paramé, después como rector del Colegio de Dinan, para orientarlo finalmente a Paris donde fundaría dos Congragaciones religiosas con un estilo completamente nuevo, muy adaptado a las circunstancias de la época y pasaría cinco años en la prisión del Temple.

A sus 80 años comenzó y llevó a cabo la gran obra de restaurar la Compañía en Francia. Con 84 años falleció cuando rezaba a los pies del Tabernáculo.

Hombre de oración y de acción, dotado de una extraordinaria oración, había llegado a una unión con Dios muy íntima y constante de la que manaba su sabiduría sobrehumana, un ánimo a toda prueba y una confianza en Dios imperturbable.



Pedro-José de Clorivière era bretón, había nacido en Saint Malo, el 29 de junio de 1735 en una familia de larga tradición, noble, cuyos miembros habían servido a Francia bien en la marina real, bien como armadores en la famosa Compañía de las Indias.

Del padre del futuro jesuita, Michel-Julien Picot, Señor de Clorivière, solamente sabemos -curiosa coincidencia- que había sido camarada del joven Arouet de Voltaire en el Liceo Luis el Grande. Voltaire era turbulento e indisciplinado y durante los paseos, el instructor le daba como compañero a Michel de Clorivière, porque podía contar con su sabiduría y buena actitud.

Pedro tenía un hermano, Alain, un año mayor que él y dos hermanas, una de ellas entró en la Visitación. A la edad de seis años se quedó huérfano de padre y a los ocho de madre. Esta prueba precoz le marcó con una timidez de fondo y una filial devoción a la Santísima Virgen, su Madre del Cielo.

Unos familiares cercanos se ocuparon de los huerfanitos y Pedro fue enviado con su hermano mayor a Douai, a un colegio que había sido fundado por las Benedictinas inglesas que se habían refugiado en Francia y que tenía buena reputación.

Allí realizó sus estudios clásicos normales y aprendió inglés, lo que le sería muy útil más tarde. Después le ofrecieron un puesto muy interesante en la Compañía de las Indias, pero no le interesaban ni el mar ni el comercio. Tenía además una tartamudez bastante pronunciada y se preguntaba preocupado qué podría hacer con su vida; entonces se decidió a ir a Paris para hacer estudios de Derecho, pudiendo beneficiarse de la hospitalidad de una de sus tías, la Señora de Nermont, cuya casa sin duda se encontraba en la calle Cassette.

De fe profunda, piedad sólida y favorecido ya con gracias de oración poco ordinarias, buscó en primer lugar un director de conciencia y tuvo la suerte de encontrarse con un guía espiritual excelente, el Padre Grisel, penitenciario de la diócesis de Paris, enemigo del jansenismo y devoto del Sagrado Corazón. Bajo su dirección progresó rápidamente mereciendo incluso poder comulgar cada día, e intuyendo ya que quizá pudiese ser llamado el sacerdocio.

Tras la intervención de la persona desconocida de la que hemos hablado más arriba, permaneció tranquilo y, entrando en la iglesia, rezó con fervor y se sintió, en efecto, empujado a llamar a la puerta de los

jesuitas. Pero prudente como era, no quiso decidir nada sin la opinión de su director. Este le hizo realizar un retiro serio de diez días al cabo de los cuales aprobó la vocación religiosa de Pedro.

Este último pidió entonces su admisión en el Noviciado de la calle del Pot-de-Fer y los padres le acogieron muy bien. No ocurrió lo mismo con sus parientes que, aunque eran buenos cristianos, al comienzo se opusieron con fuerza a esta determinación.

Inteligente, enérgico, culto, de perfecta educación, Pedro podía esperar, pensaban ellos, en un futuro prometedor en el mundo y a pesar de su fe, por un error muy común, parecían lamentar que todos estos dones preciados fuesen consagrados y sacrificados ¡solo para Dios!

El aspirante jesuita tuvo que ir a Saint Malo para defender su causa y hacer valer sus razones directamente. Acabó ganando y pudo entrar en el noviciado el 14 de agosto de 1756, con 21 años.

Entabló una amistad santa y fuerte con uno de sus connovicios, Charles Fleury, amistad con la que ambos se animaban a perseverar en su vocación en medio de todas las tormentas, a pesar de todas las persecuciones; amistad que duró hasta su vejez.

Pero la paz que Dios otorga a menudo al comienzo para animar una vocación, no podía durar para siempre, porque la prueba es necesaria para la formación del verdadero y perfecto religioso.

La prueba llegó cuando Pedro estudiaba Filosofía en el Colegio Luis el Grande, primero por su tartamudez que le impedía hablar y argumentar en público como debería hacerlo y también por tentaciones dolorosas contra la castidad, a las que no cedía pero que le atormentaban mucho. Llegó incluso a preguntarse si podría ser un sujeto útil en la Compañía que cada vez estimaba y amaba más. Incluso llegó a pensar que el mejor servicio que le podría hacer a la Orden sería dejarla. Sin embargo, concluyó con humildad y coraje que, si no podía ser sacerdote en la Compañía, al menos podría perseverar como Hermano coadjutor. Dios permitía estas pruebas para establecerle en la humildad y la confianza.

En septiembre de 1759, Pedro fue enviado al Colegio de Compiègne como profesor de segunda enseñanza. Este Colegio que antes había sido próspero ahora no tenía más que unos cuarenta alumnos, pero el espíritu era muy bueno y el equipo de profesores excelente. Allí se atenuó su tartamudez un poco lo que le permitía dar clase sin dificultad. También se

apaciguaron las tentaciones. Se entregó a su tarea con gusto y celo, descubriendo en su papel de rector un medio de apostolado excelente.

Sin embargo, la tormenta rugía sobre la Compañía de Jesús; jansenistas, filósofos, parlamento, sociedades secretas, se conjuraban para acusarla de corromper a la juventud, de turbar las conciencias, de enseñar doctrinas falsas, de pervertir la moral. Los grandes ministros de la época, Pombal en Portugal, Aranda en España, Choiseul en Francia, compartían esta hostilidad y pidieron a Roma la disolución de la Orden. Los reyes Luis XIV de Francia, Carlos III de España, se dejaron influir. El papa Clemente XIII resistió con fuerza, pero al morir, Clemente XIV apareció más débil y menos resuelto.

Los enemigos de la Compañía redoblaron sus esfuerzos argumentando el pretendido bien mayor de la Cristiandad.

En 1747, la Compañía es expulsada de Portugal; entre 1762 y 1764, es disuelta en Francia; en 1767, los echan de España. Finalmente, el 21 de julio de 1773 Clemente XIV, cansado de resistir y bajo el pretexto del bien de la paz, sin ningún reproche hacia la Compañía, firma sin embargo el Breve para su supresión.

En cuanto a Pedro de Clorivière, él se sentía más unido a la Compañía cuanto más probada estaba. Amaba su ideal, su espíritu, sus Constituciones, sus métodos, su espiritualidad, sus autores. De manera especial al Padre de la Colombière, Bourdaloue, Lallemand, Surin, Caussade aunque sin proselitismo, porque conocía también a santa Teresa y a san Juan de la Cruz...

El 6 de agosto de 1762 el Parlamento había decidido la disolución de la Compañía; a partir del 1 de abril de 1763, todos los Colegios que estaban bajo las competencias del Parlamento de Paris tenían que estar cerrados y el Colegio de Compiègne formaba parte de este grupo. Privados de alumnos, los religiosos entraron en retiro del jueves de Pasión hasta el día de Pascua, 11 de abril de 1763. Retiro que estuvo marcado para el P. de Clorivière por el voto de “guardar tan atento mis labios que por advertencia o deliberación no pronuncie ninguna palabra mala, inútil u ociosa”. Resolución que revela una tendencia natural a la crítica o a la desconsideración en la conversación pero que es, sobre todo, un indicio de una virtud ya madura.

Parece ser que el P. de Clorivière tenía en su temperamento algo brusco, petulante, lo que a veces hacía que sus conversaciones fuesen

críticas. Durante mucho tiempo vigilará este punto y encontrará difícil la unión a Dios en las relaciones con el prójimo.

Durante tres meses el P. de Clorivière atravesará un periodo de incertidumbre dolorosa: ¿Qué hará si la Compañía no puede existir legalmente en Francia? Entonces se vuelve hacia su Madre del cielo y obtiene de sus superiores permiso para hacer una peregrinación “a pie y mendigando” a Nuestra Señora de Liesse, del 14 de abril al 25, después de la cual escribirá al P. Fleury: “He terminado mi peregrinación. He experimentado consuelo y mucho cansancio... No siento nada, no veo nada, Dios no me inspira nada, sino una resolución que es según mi parecer inquebrantable con el auxilio de la gracia, que es morir más bien mil veces antes que abandonar mi santa vocación”.

Debido a las circunstancias, los superiores dejaron la elección a todos los que no habían pronunciado aún sus votos solemnes: elegir quedarse en la Compañía compartiendo su infortunio, o volver al mundo, liberados de sus compromisos.

El P. de Clorivière eligió permanecer fiel a la Compañía con todos los riesgos. El P. de la Croix, Provincial de Paris, conociendo la generosidad de los sentimientos de Pedro, lo envió a Lille, en la provincia franco-belga y un poco después lo unió a la provincia de Inglaterra enviándolo a Lieja donde se encontraba el escolasticado de Teología de esta provincia. Por fin está seguro, pero ¡a qué precio! Tuvo que exiliarse de Francia y, además, dejar de pertenecer a la provincia francesa para cambiar a la provincia inglesa a la que pertenece desde ese momento.

En Lieja, durante tres años, el P. de Clorivière llevará una vida de estudio y recogimiento muy conveniente para su alma contemplativa. Su Teología no es especulativa sino espiritual y su piedad brota del dogma meditado profundamente en la oración. Sus notas personales, muy abundantes, sus cuentas de conciencia, su diario espiritual, son documentos preciosos en los que se manifiesta la ascensión de su alma hacia la unión con Dios cada vez más íntima y constante en la sumisión al Espíritu Santo.

Sin embargo, su tartamudeo era muy fuerte algunos días. De modo que los superiores se preguntaban si en esas condiciones podría ser ordenado sacerdote. Muy conmovido por esta duda, Pedro se dirige a su refugio habitual, su madre del cielo, María. De nuevo obtuvo el permiso para hacer una peregrinación a Nuestra Señora de Liesse y, al volver, sin haber hecho nada por su parte, encontró la disposición de los superiores

cambiada. Fue ordenado subdiácono el 24 de septiembre de 1763, diácono el 29 de septiembre y sacerdote el 2 de octubre de 1763, fiesta de los Santos Ángeles y de Nuestra Señora del Rosario.

En las notas de su diario el P. de Clorivière se muestra asceta y místico. Su oración es lo más a menudo pasiva, de quietud o de unión. Vive cada vez más en una dependencia estrecha del Espíritu Santo. Al mismo tiempo busca dar a su oración una orientación práctica, aplicándose sin cesar a conseguir un recogimiento lo más íntimo posible, la renuncia lo más continua y generosa con paz y alegría. A menudo siente también un deseo por las Misiones y especialmente por Canadá. Así, este joven sacerdote de 28 años aparece ya muy avanzado en las sendas de Dios por el camino hacia la santidad ...

Una vez terminada la Teología, el P. de Clorivière es enviado a Gante para el Tercer Año, es decir, para recibir esta última formación interior que San Ignacio reserva a sus hijos antes de la profesión perpetua y que denomina “Escuela del corazón”, escuela del amor. El P. de Clorivière llegó allí tras una peregrinación a Nuestra Señora de Montaigut.

La casa de Gante, aunque grande, era insuficiente para albergar al noviciado, el Tercer año y los numerosos proscritos que venían a refugiarse. En esas condiciones, el tiempo del Tercer año que normalmente dura diez meses, tuvo que reducirse a un mes y consistió prácticamente en realizar los grandes Ejercicios del 28 de mayo al 19 de junio de 1766.

En primer lugar, en una cuenta de conciencia al R. P. Instructor, con mucha probabilidad el P. Robert Knatabull, el terciario realiza un autorretrato cuyo acento de humildad nos asegura su exactitud:

“Para comenzar por mis vicios e imperfecciones, he reconocido desde hace poco tiempo, por temor a ser ridiculizado (por mi tartamudez), el imperio que tienen sobre mí el orgullo y el amor propio; también sufro la sensualidad en la mesa; no soy fiel para conformarme con las santas inspiraciones de Dios, cuando me dirigen hacia lo que repugna a mis inclinaciones perversas.”

“En cuanto a las tentaciones, no estoy exento de los movimientos desordenados de la carne; sin embargo, me turban menos que en otro tiempo. Lo que actualmente me turba más son mis aprensiones y cierto abatimiento que se apodera de mí. Para remediarlo me esfuerzo

particularmente en adquirir una libertad filial y cumplir todos mis deberes con alegría y mortificación.”

“Si en mi hay alguna virtud, pienso que Dios me ha dado la de la obediencia”.

“Mi oración mental no consiste mucho en consideraciones del entendimiento: de costumbre es una atención pacífica a Nuestro Señor al que considero presente en mi como Maestro y alma de mi alma...Pero preparo mi meditación como de costumbre y me esfuerzo por llevarla a la práctica. Realizo con exactitud las penitencias que me han sido permitidas”.

Las anotaciones diarias durante el Gran retiro nos lo muestran perseverante en una oración generosa y una fidelidad amorosa y animosa a todas las solicitudes de la gracia en la docilidad al Espíritu Santo.

“No cesaré de implorar la gracia del Espíritu Santo, día y noche pediré con suplicas y oraciones al Espíritu Santo que haga su morada en mí”.

Al finalizar los Ejercicios, se traza un programa muy claro de santidad que ha tenido el raro mérito de seguir y realizar.

Y he aquí que el 2 de julio está en Londres, en el Colegio san Ignacio, donde residía el provincial y del que dependía el pequeño Colegio de Hammersmith al que fue enviado en octubre. Allí sufrió una enfermedad grave cuya naturaleza no conocemos, pero a lo largo de la cual recibió gracias extraordinarias de orden místico y debió conocer estados extáticos de absorción en Dios. El 16 de mayo de 1767, escribió a su amigo, el P. Fleury: “Mi enfermedad ha sido realmente extraordinaria si lo miro por todo lo que he sentido en mi interior y por sus efectos que duran aún hoy. Es como si hubiera nacido de nuevo. La gracia sobreabunda, los favores llamados gratuitos llegan a mi alma. Pero como yo no siempre he hablado o actuado como parece que lo prescribe nuestra miserable humanidad, he tenido la suerte de que se me considerara durante un tiempo como un alucinado. Todos los nuestros, aquí, han tenido la misma opinión, excepto el P. Tischburn quien ha mantenido que en mis palabras y en mis acciones no había nada para que él emitiera tal juicio. Ahora todos, me parece, que son de esta opinión y tienen a bien considerarme un hombre cabal. Mi salud mejora cada día. He pasado una semana en el campo respirando buen aire y bebiendo leche. Pero la Providencia me envía como Socio a Gante. Usted me pedirá noticias de mi lengua. Siento mucha facilidad cuando tengo que conversar con alguien sobre asuntos

de piedad. Y esto, tengo la íntima persuasión de que me lo ha otorgado la Santísima Virgen.

“Dígale al P. Howard que la Madre Donnet está en la perfección del estado pasivo, no hay ninguna duda al verla. Creo haber tenido la experiencia yo mismo de este estado y de las luces que recibe y he visto las maravillosas cosas que Dios quiere hacer por mi como por su instrumento.”

Dios permitía para su fiel servidor humillaciones grandes: su tartamudez, sus tentaciones de impureza, su apariencia de locura, pero Él lo sostenía siempre con la íntima convicción de que le emplearía un día para cosas grandes, como de hecho ocurrió.

El P. de Clorivière aceptó con alegría la responsabilidad de Socio del Maestro de novicios que debía favorecer su recogimiento y su propia vida interior y ofrecerle un apostolado fecundo cerca de almas elegidas y futuros apóstoles.

Sin embargo, la situación era delicada. El P. Tichburn era a la vez rector, instructor y maestro de novicios y, por lo tanto, necesitaba contar más con la ayuda de su Socio. Este último desconocía hasta donde podían llegar sus iniciativas y a menudo permanecía perplejo y molesto. Por otra parte, su tartamudez, después de una remisión, había vuelto a aparecer y los jóvenes novicios, cuya buena voluntad y el esfuerzo tensaban un poco los nervios, reían delante del Padre Socio que se paraba tras una palabra repitiéndola cuatro o cinco veces o se precipitaban a acabar la frase y finalmente, balbuciendo de forma lamentable.... Fue tan dura la prueba que el P. de Clorivière pudo escribir en junio de 1768: “durante los tres primeros meses pasados aquí he sufrido mucho a causa de la incapacidad en la que me veía de realizar las obligaciones de mi cargo como yo deseaba. En mi situación, ¡la muerte me parecía mejor que la vida!”

Sin embargo, en estas penas no había turbación. “Me consolaba el pensar que la Providencia era la que me había puesto aquí y que para Dios no hay nada imposible”.

En un retiro precedente había escrito:” Debo, por así decirlo, tocar el fondo de mi nada antes de estar preparado para lo que sea”.

Pero, sin embargo, el tono cambia a partir del retiro que hizo del 14 al 22 de mayo, fiesta de Pentecostés de 1768. Retoma su cargo con más

ánimo, confianza y seguridad, “queriendo en todo conformarme lo más posible con el divino Modelo, Jesucristo”.

Además, los novicios se han acostumbrado al lenguaje un tanto particular de su Socio y aprecian su humildad tan real, su caridad tan entregada, su viril y continua abnegación, su increíble celo para el trabajo.

Al precio de muchas fatigas y vigias, lo ven multiplicar su búsqueda para darles sobre la Santa Eucaristía, el Sagrado Corazón, la Santísima Virgen, ideas claras, precisas y un fondo doctrinal sólido, para que sus conversaciones sean interesantes y estén preparados para la predicación y las controversias futuras.

En mayo de 1770, el P. de Clorivière recibe bruscamente un nuevo destino. Debe dejar el noviciado de Gante para ir a Bruselas donde dirigirá a las Benedictinas inglesas que se han refugiado en esa ciudad. Sin duda la Providencia quería darle la ocasión de tener un apostolado junto a almas femeninas, más tarde tendrá el deber de dirigir a muchas mujeres.

En 1770, las Benedictinas que no tenían capellán se dirigieron a sus compatriotas, los jesuitas ingleses, pero en un primer momento fue en vano. El Instituto de la Compañía prohibía a sus miembros dirigir ordinariamente comunidades de mujeres. Sin embargo, insistieron y supieron hacer valer la dificultad que encontraban en tener un confesor que hablase su lengua y, además, solo pedían una ayuda temporal hasta que se nombrase un capellán definitivo.

El P. Thomas More, provincial entonces, se dejó convencer y les dio al P. de Clorivière porque sabía inglés y cuya prudencia y virtud apreciaba. El Cardenal Frankenburg, Arzobispo de Malinas, con un diploma del 20 de mayo de 1770, lo nombró “confesor ordinario de las religiosas”.

Este estado provisional se prolongará hasta la supresión de la Compañía en 1773. En ese momento, ya no existían las mismas prohibiciones; nuevas cartas prolongaron su mandato por tres años.

Sin embargo, el P. de Clorivière tenía 38 años y 17 de vida religiosa, durante los cuales había respondido plenamente a todas las pruebas de formación establecidas por san Ignacio. Llegó el tiempo para él de pronunciar sus últimos votos. Realizaría este acto en condiciones realmente conmovedoras.

El P. General ya había enviado las cartas que le autorizaban a la Profesión solemne para la fiesta de la Asunción, el 15 de agosto de 1773.

Pero un terrible acontecimiento ponía en peligro sus esperanzas. Clemente XIV, cediendo a la presión simultánea de Príncipes y filósofos, había decidido suprimir la Compañía de Jesús por el Breve “Dominus ac Redemptor”. Era la condena de muerte.

Pero el Breve, firmado el 21 de julio, tardó en ser promulgado por lo que la decisión del Papa permanecía secreta y desconocida, la Compañía seguía viviendo canónicamente y conservaba el derecho de ser gobernada por sus Constituciones propias. Suponiendo que debiera sucumbir, ¡qué consuelo para su último hijo haberle pertenecido más estrechamente, aunque solo fuera un día o una hora ¡

Este retraso en la promulgación del Breve hizo posible la profesión del P. de Clorivière que, en un ambiente de ansiedad, pronunció sus votos solemnes con gozo el 15 de agosto de 1773, en la iglesia del Colegio de los padres ingleses en Lieja. Si, él fue el último profeso francés de la antigua Compañía.

En las benedictinas tenía más libertad de acción que como Socio, porque tenía la unidad de la dirección espiritual. Por su parte las monjas, eran más maduras que los novicios y estaba menos expuesto a las risas por su defecto en la lengua. Sin embargo, seguía escribiendo sus exhortaciones y se las daba a leer a alguien, pero en el confesonario y en dirección particular, se hacía comprender fácilmente. Tuvo mucho éxito en este ministerio tan delicado, dando pruebas de sabiduría, discreción, piedad, bondad y también de firmeza. Al principio algunas de las religiosas lo encontraron demasiado severo y exigente, pero el Padre se defendió diciendo que no le parecía que hubiese nada demasiado elevado para las personas que estaban comprometidas en la vida religiosa y que se han consagrado por entero a Jesucristo.

“Nuestro Señor, decía, no traicionaba su dulzura cuando enseñaba la abnegación y la renuncia universal, y san Pablo no dejaba de ser bueno cuando exhortaba a los fieles a crucificar la carne y a morir a sí mismo”.

Las religiosas le habían parecido frías respecto a la santa Eucaristía y a la Santísima Virgen. Pronto consiguió llevarlas a una mayor estima del Santísimo, que se concretaba con una mayor frecuencia en la comunión, y también les dio una mayor piedad filial y confianza en Nuestra Señora.

Tuvo tanto éxito que la abadesa, Madre Ethbuc Manock, le pidió que redactara para ella un pequeño tratado con los deberes y el buen gobierno

de una superiora, y este pequeño tratado es en realidad una obra maestra en su género.

Así pasaron dos años desde la supresión de la Compañía. Pero el 15 de septiembre de 1775, los consejeros fiscales de su Majestad la Emperatriz María Teresa, no permitieron que el P. de Clorivière continuase con su ministerio, pues en virtud de un edicto promulgado en 1752, no podía “establecerse, elegir o buscar ningún religioso ni secular de la Corona de Francia para gobernar los monasterios de mujeres que se encontrasen bajo el dominio de su Majestad”. Entre otras cosas, le indicaron que debía abandonar la dirección de las benedictinas inglesas en un plazo de veinticuatro horas y retirarse de esta casa para no poner en ella nunca más los pies. “Además, estamos encargados de preveniros, añadían los Consejeros, que debe abstenerse de injerencias, bajo cualquier concepto, en asuntos temporales o espirituales excepto decir misa”. Esto era prohibirle cualquier ministerio en Bélgica.

Entonces decidió volver a Francia, con mucha pena de la comunidad, de la que dio testimonio la abadesa, que no había visto nunca y que no vería jamás posiblemente las cosas tan bien conducidas, con tanta prudencia y discreción, como lo estaban con el muy estimado P. Rivers (nombre a la inglesa del P. de Clorivière).

Pedro de Clorivière tiene cuarenta años. Acaba de pasar una página de su vida. Ha terminado su periodo de formación y maduración. La Compañía ya no existe legalmente, pero él es jesuita de corazón, de mentalidad y de comportamiento. Para él va a comenzar una vida con más aventuras en la que Dios le llevará a realizar sin que se dé cuenta, las grandes cosas que le había prometido.

Mirémosle antes de verlo actuar:

El postulador de su causa de beatificación ha escrito:

“El P. de Clorivière era de una elevada estatura, su andar era firme y seguro, sus rasgos pronunciados y graves. Tenía la frente alta, la cara pálida y delgada. Su fisionomía era serena. Guardaba las leyes de la modestia religiosa con gran exactitud. Su porte exterior tenía la huella de la mortificación y el recogimiento. Cuando hablaba en público, su voz era fuerte y penetrante. El siervo de Dios tenía un conjunto de cualidades naturales que le hacían ser amado y respetado. Era muy amable y un hombre espiritual y sin embargo su exterior era serio, reservado hasta tal punto que podía inspirar cierto temor. Molesto, intimidado por su

tartamudeo, no por ello dejaba de trabajar, de hablar y de actuar cuando era necesario”.

Ante este retrato, René Bazin añade ¹:

“Era de esos hombres raros de los que se dice, cuando por primera vez nuestros ojos se encuentran con los suyos: le diga lo que le diga no le llamará la atención, le pregunte lo que le pregunte no me responderá sin reflexionar. Ha rechazado toda ambición humana, estoy ante una conciencia, una fortaleza donde vive Dios y cuya clausura en este momento tiene a bien abajarse, porque sonrío un poco, casi nada – amigo posible, lento de ganar, amigo que será muy valioso ...”

¹ Cf. Pierre de Clorivière, contemporain et juge de la Révolution. Préface de R. Bazin, pg. 17-18)

EL PADRE DE CLORIVIÈRE EN FRANCIA
DESPUÉS DE LA SUPRESIÓN DE LA COMPAÑÍA
PÁRROCO DE PARAMÉ

Preparado para la lucha, el P. de Clorivière mostrará una docilidad extraordinaria al adaptarse a muy diversas situaciones con éxito. Muerto a sí mismo, viviendo solo de Dios, en Dios y para Dios, será un instrumento excelente en la mano de la divina Providencia que por él realizará grandes cosas. Director de almas, párroco, rector de colegio, capellán de religiosas, fundador, prisionero, restaurador de la Compañía de Jesús en Francia; todo esto lo será sucesivamente durante los 45 años que transcurren entre su vuelta a Francia y su muerte, el 9 de enero de 1820.

Desde noviembre de 1775 está en las benedictinas de Jarcy, encontrando allí, en una vida oscura y recogida, las mismas funciones desempeñadas en Bruselas.

Pero en septiembre de 1776, lo veremos en París ejerciendo su celo apostólico junto a las carmelitas de Saint Denis, cuya priora era entonces la Madre Teresa de San Agustín, Madame Louise de Francia, hija de Luis XV.

También está en relación continua con los ermitaños del Mont Valérien, cuyo superior era el abad Grisel que había sido su director en el momento de su vocación. Estos ermitaños no eran religiosos propiamente dichos, sino que llevaban una vida en cierta manera conventual, ya que cada uno tenía su celda. Observaban un régimen de trabajo y penitencia y se dedicaban sobre todo a la oración. Sobre este tema le pidieron consejo el P. de Clorivière, quien escribió para ellos con soltura, un tratadillo que tituló “Consideraciones sobre el ejercicio del Rezo y la Oración” que es una obra maestra en su género. El autor podía describir y enseñar lo que él mismo vivía.

Sin meterse en política, seguía el curso de los acontecimientos atentamente, así como la evolución natural de las ideas y costumbres, en razón de su influencia sobre el reino de Dios aquí abajo y la salvación de las almas. Veía con angustia la audacia creciente entre los filósofos que, liberados de la influencia de los jesuitas, propagaban abiertamente el racionalismo y la impiedad, confrontándose con la autoridad de la Iglesia

y del Rey, predicando el nuevo evangelio de pretendida libertad, igualdad y fraternidad. Deploraba la supremacía de la instrucción falsamente afirmada sobre la educación. Una parte del clero, incluso en las zonas rurales, adoptaba estas nuevas ideas y la mundanidad. Soplaban malos vientos de independencia, innovación, precursores de revolución.

Para hacer frente a estos peligros el P. de Clorivière compuso una biografía ficticia, una especie de novela educativa bajo el título de: “Modelo de pastores, o esbozo de M. de Sernin, párroco de pueblo en la diócesis de T ...” Y ¡cosa curiosa! Lo que enseñaba, la Providencia le daría ocasión de vivirlo personalmente. La parroquia de Paramé, cerca de Saint Malo, estaba vacante: el Obispo de la diócesis, Mons. des Laurents se la ofreció al P. de Clorivière que no pudo rechazarla y fue instalado como nuevo párroco el 4 de diciembre de 1779.

Se hacía una idea tan alta de sus funciones y de su responsabilidad que se sentía como aplastado por ellas y hubiese abandonado tan temible carga si la mano de Dios y la voz de la obediencia no se hubiesen manifestado allí para retenerlo.

“Alma por alma, decía, si por culpa nuestra la cizaña crece, si máximas perniciosas, abusos, errores contra la fe, se introdujesen entre nosotros, si las costumbres se corrompiesen, si los sacramentos fuesen menos frecuentados, la Palabra de Dios más escasa o alterada, en el tribunal de Dios seríamos responsables de todos estos pecados ... ¡qué cuenta! Un alma rescatada, un hijo de Dios perdido para siempre, ¡la sangre de un Dios inútil e infecunda por toda la eternidad!”

El P. de Clorivière estimaba que una de las primeras obligaciones del párroco es la predicación, porque es el principal medio de apostolado, pues, como decía san Pablo, “la fe viene primero por el oído -fides ex auditus”. Pero para predicar, se encontraba ante el terrible obstáculo de su tartamudez, lo que hacía su elocución comprometida, incluso ridícula, como cuando queriendo decir “penitencia” decía “pitance” (comida en argot) ... Armándose de coraje, de humildad y de confianza en Dios, subía al púlpito y pronto sus feligreses no prestaban ya atención a su defecto de lenguaje, porque estaban cautivados por las instrucciones claras y sólidas que recibían a través de la santidad de su venerado pastor.

Sus sermones estaban bien preparados, bien compuestos, meditados en la oración y entregados con fervor y convicción. En una carta a uno de sus sobrinos recientemente ordenado sacerdote nos revela su método: “Le alabo que componga los discursos y no los busque en un

buen libro, conformándose con reunir retales mal cosidos. Ese tipo de sermones carecen de convicción. No busque la elocuencia sino la sencillez instructiva y entrañable. Después de haberle pedido su luz al Señor, elija temas que convengan al auditorio. Los puede encontrar en el evangelio del día. Trátelos antes delante de Dios en forma de oración y rezo. Dé mayor importancia a las cosas que a las palabras, a las pruebas y al razonamiento más que a la manera de expresarlo. No aprenda de memoria lo que escriba, sino retenga el sentido, el desarrollo y las ideas principales. Después, conserve la libertad de espíritu para poder incluir en el discurso las reflexiones que de repente le vengan, sin que eso altere el orden ni moleste a lo que sigue. Es lo que más llama la atención al oyente”.

Justamente temeroso de los destrozos de la impiedad en las clases más elevadas de la sociedad, el Padre quiere, como buen pastor, proteger a sus fieles de la seducción de las nuevas doctrinas filosóficas.

“Hablo de esos hombres orgullosos, llenos de desprecio por los demás, que se hacen llamar sabios...cuyo corazón está tan pervertido, alienado de Dios, que trabajan para anular al cristianismo y quieren sustituirlo por el culto a los ídolos...Todos o casi todos creen en una nueva divinidad que llaman Naturaleza, no el Dios de la naturaleza sino el conjunto de todos los seres; sus libros solo hablan de ella, es a ella a quien deben dirigirse las oraciones ...” Y previendo las peores consecuencias de este error monstruoso, grita con acentos cuasi proféticos: “Si algún día, por un justo castigo a nuestra tibieza, Dios permitiera que prevaleciese esta filosofía, que la fe en Jesucristo fuese desterrada, la antorcha de la religión casi apagada, entonces veríais las tinieblas del paganismo cubrir la tierra de nuevo, los templos destruidos o transformados en templos de ídolos, el vicio reinar a la luz del día, la sangre de los fieles ser derramada de nuevo y ensangrentar los altares ... Rezad, hermanos míos, velad por vosotros mismos, instrueros sobre vuestra religión ...”

En Paramé, se bailaba demasiado, sobre todo durante los carnavales. El P. de Clorivière puso orden en esos abusos al instituir en su parroquia las 40 horas de adoración al Santísimo.

Al vivir pobremente, sentía afecto especial por los pobres y su bolsa siempre estaba abierta para socorrerlos.

Durante el buen tiempo ingleses y americanos venían a Saint Malo y a las playas vecinas - casi todos protestantes -. Su conocimiento del

inglés le permitió entablar conversaciones con ellos, tratar diversos temas religiosos y conducir así a varios de ellos hacia la verdadera fe.

A la vez que se ocupaba con mucho cuidado de su parroquia, el P. de Clorivière encontraba tiempo para participar en las famosas Misiones de Bretaña inauguradas con fruto y éxito por el santo P. Maunoir y que, en 1785, animaba el P. Cormaux, párroco de Plaintel.

El P. de Clorivière escribía después a su hermano, Señor de Limoëlan:

“Aún no había visto ninguna Misión. La de Plénée me ha encantado. Ya estimaba y amaba de modo singular al P. Cormaux, pero lo que he visto en él durante la Misión hace que lo perciba ahora como alguien dotado de talentos peculiares. Habla como un hombre lleno del Espíritu de Dios, tiene el don de llegar a los corazones y ganárselos...”

La Providencia debía acercar cada vez más al P. de Clorivière y al P. Cormaux. En efecto, este último fue uno de los primeros discípulos y de los primeros reclutados por el P. de Clorivière.

Uniendo el apostolado de la pluma y el de la palabra, el cura de Paramé escribió también una vida del Venerable Grignon de Montfort y, en 1775, los “Ejercicios de devoción a San Luis Gonzaga” dedicados a Madame Louise de Francia, que tenía una especial devoción por este joven santo.

El P. de Clorivière, párroco de Paramé, se asemeja al cura de Ars por su oración continua y por la austeridad de vida, pero al mismo tiempo recuerda a san Francisco de Sales por su caridad, suavidad, elocuencia sencilla y llena de unción y las iniciativas de su celo por la pluma. (Vida del beato Grignon de Montfort y san Luis Gonzaga, además de la novela educativa de M. Senin.)

Tenía una criada muy generosa pero un poco ruda, que le servía de costumbre (estábamos, es cierto, en cuaresma) un bacalao al que se adaptó muy bien. Sin embargo, un día debió tener un invitado a comer y le pidió a la buena cocinera que cambiase un poco el menú y lo mejorara; y como a ella le extrañó, dijo con suavidad: “este plato es bueno para mí, pero no para un señorito acostumbrado a una alimentación menos sencilla!” Habría podido decir: menos tosca...

Sin embargo, tomaba con gusto una taza de café después de la comida. Pero una vez que no pudo llegar a tocar el corazón de un pecador

endurecido y que buscaba un sacrificio a ofrecer al Señor para ganar esta alma, tuvo de repente la idea de hacer la promesa de no probar nunca más una gota de café. Su ofrenda fue acogida, porque casi inmediatamente el parroquiano recalcitrante se rindió a la gracia e imploró su perdón. Y la promesa se mantuvo perfectamente.

¡Feliz parroquia de Paramé por poseer un pastor de tal virtud! ¡De tal sabiduría, de tal bondad...!

EL P. DE CLORIVIÈRE, SUPERIOR DEL COLEGIO DIOCESANO DE DINAN

El P. de Clorivière estaba en Paramé desde hacía siete años cuando su Obispo, Mons. des Laurents falleció súbitamente el 15 de octubre de 1785. Su sucesor, Mons. de Pressigny, mantuvo la misma confianza y estima que Mons. des Laurents le había testimoniado, pero estaba molesto al tener que remplazar al superior eclesiástico del colegio diocesano de Dinan que acababa de fallecer. Recurrió al P. de Clorivière para que tomase la dirección de dicho Colegio. “Tres razones, decía, le habían determinado en la elección: la primera, que el P. de Clorivière había sido jesuita y conocía por experiencia los métodos de enseñanza de la Compañía; la segunda, es que él mismo era un buen literato; finalmente la tercera, que tenía fortuna y podría ayudar a un establecimiento de reciente fundación y que tenía pocos medios”.

Acostumbrado a obedecer y a ver en la voluntad de sus superiores indicaciones providenciales, el P. de Clorivière aceptó con sencillez y estuvo rápidamente a la altura de su misión.

Pasaría cuatro años en el colegio de Dinan, etapa que será decisiva en la orientación de su vida, porque allí será donde encontrará la persona privilegiada que Dios le destinaba como ayuda e instrumento para las grandes cosas que en la oración había presentado en varias ocasiones.

Cerca de Dinan se encuentra un balneario con propiedades benéficas y donde una mujer piadosa bretona de Rennes, Mlle. Adelaida de Cicé, había sido enviada por su médico para realizar una cura.

Se alojaba en las ursulinas de San Carlos donde el P. de Clorivière era capellán, y naturalmente se dirigió a él para confesar. Desde el primer encuentro ella sintió confianza en aquel sacerdote grave y bueno, un verdadero hombre de Dios.

Por su parte el P. de Clorivière reconoció rápidamente en Mlle. de Cicé un alma selecta con un carácter generoso, apto para servir mucho a Dios.

Adelaida de Cicé era la duodécima hija del Señor Jérôme-Vincent Champion de Cicé, capitán de dragones en el regimiento de Bretaña, y de la Señora Marie-Rose-Françoise de Varennes. Su madre, de delicada salud y ya avanzada en edad se preocupaba por este nuevo nacimiento,

pero un santo religioso, el P. de Kersaingilly, le dio confianza diciendo: “Tranquilícese Señora, en su seno lleva una hija bendita que un día será su consuelo”, y lo que aconteció daría la razón a esta predicción.

Durante su infancia conoció más las lágrimas que las sonrisas, porque cuando tenía solo dos años su padre murió. Su madre, entristecida y apenada por su viudedad al comienzo parecía que la olvidaba un poco. Esta atmósfera dolorosa podría haber amargado el carácter de la niña y hacer que se replegara sobre sí misma, pero Dios que tenía grandes designios para esta alma, se sirvió de esta soledad austera para formar su carácter serio, atraerla a la piedad y a una extremada compasión hacia los pobres, dos rasgos que encontraremos en varias jóvenes santas como santa Isabel de Hungría, Santa Margarita de Escocia ... En su entorno familiar le gustaba decir: “Amemos a Jesucristo y a los pobres”.

A los diez años hizo su primera comunión en la Visitación de Rennes con un gran recogimiento y muy centrada en la grandeza del acto que realizaba. Un poco más tarde, hacia sus 15 años, escribió para sí misma una regla de vida que muestra ya una verdadera virtud y un ánimo singular. “Me propongo, dice, combatir el orgullo antes que todas mis inclinaciones viciosas, porque es ésta a la que más me inclino... Mortificaré mi amor propio y me aplicaré a destruirlo, así como el gusto de lo mundano y pido a Dios que lo desarraigue de mi corazón. Antes o después de misa haré mi oración que será de un cuarto de hora. Cuando vuelva a mi habitación estudiaré, leeré para instruirme con buenos libros que me indiquen, escribiré para formar mi letra cada vez más y mi estilo; en mi educación seguiré todo lo que me prescriba mi madre”.

Cuando cumplió veinte años, el mundo sonreía a su juventud, a su distinción, a su juicio al que no le faltaba ni finura ni oportunidad y ella misma empezó a sonreír al mundo y a dejarse atraer por sus encantos.

Una de sus amigas tuvo la caridad y el coraje para advertirla del peligro que corría de caer en la mediocridad. “Pero ¡yo observo los mandamientos!” respondió vivamente. Sin embargo, reflexionará y reconocerá su error y su falta prometiéndole a Dios ser toda para El, pensando ya desde entonces en la vida religiosa.

Sin tardar hizo una prueba en la Visitación de Rennes. Pero pronto se dio cuenta de que su vocación no era esa, porque necesitaba poder ayudar a sus queridos pobres y desgastarse por ellos.

Entonces Dios le concedió la gracia de encontrarse con el P. Boursoul, uno de los sacerdotes más notables de la diócesis de Rennes por su celo apostólico, su elocuencia, su doctrina segura, su dirección comprensiva. En su escuela, aprendió a hacer oración, a combatir sus defectos, a entregarse al prójimo, a comulgar casi todos los días, a amar ardientemente a Nuestro Señor, tanto que tenía como lema: “¡Todo para agradarle, nada para satisfacerme!” En dos palabras cuasi proféticas, el P. Boursoul le había indicado el camino: “Esposa de Jesucristo y Madre de los pobres”. Este era su destino.

Pero en 1775 fallece el P. Boursoul cuando al predicar terminaba un sermón sobre el cielo. Para Adelaida esto fue un duro golpe y de repente se encontró privada de un guía seguro y disponible. Pero fiel a su dirección, ella se consagró al cuidado de su madre y de sus queridos pobres.

Cuando su madre murió piadosamente, ella tenía treinta años. Desde ese momento no dejaba de invocar al cielo para encontrar otro P. Boursoul, otro director santo e inteligente. Por otro lado, se entregaba sin descanso a sus obras de caridad y su salud se resentía. Su hermano, Obispo de Auxerre, que tenía influencia sobre ella, se inquietaba y la envió a descansar y recobrar fuerzas a Dinan, donde el Señor la haría encontrar por fin el guía espiritual que tanto deseaba.

Confiado en el P. de Clorivière, Mlle. de Cicé le reveló sus antiguos y profundos deseos de vida religiosa, confesándole también su repugnancia por las Ordenes que ya existían. También le contó, sus gracias especiales durante los Ejercicios de 1776, donde con una gran luz que le parecía muy sobrenatural, había tenido la intuición de una vida religiosa sin hábito, sin claustro, pero con los tres votos canónicos y con la posibilidad de ejercer su celo apostólico y su caridad a través de todo tipo de obras de misericordia espirituales y temporales.

El P. de Clorivière escuchó con interés esta confidencia tan poco común. Demasiado prudente para aprobar inmediatamente tal proyecto, sin embargo, no lo desaprobó, sino que recomendó a su penitente rezar mucho y esperar con paciencia la prueba del tiempo y la hora de Dios.

Mientras tanto Mlle. de Cicé pensaba en dejar Rennes donde tenía demasiadas relaciones para retirarse a Saint Servan, en el convento de las hermanas de la Cruz, para vivir mejor el recogimiento y realizar una especie de aprendizaje de la vida religiosa, bajo la autoridad de la madre superiora, pero sin pensar en entrar en dicha congregación. El P. de la

Croix, su director de Rennes, después de aprobar este intento la reprendió por imprudente y presuntuosa. El P. de Clorivière era menos negativo, pero prefería ponerse en segundo plano respecto al P. de la Croix. Así Mlle. de Cicé estaba en una alternativa difícil, tanto más cuanto que sus amigas de Rennes censuraban abiertamente sus deseos, criticando su estilo de vida demasiado austero para su gusto, su apariencia demasiado sencilla...

El P. de la Croix, sin embargo, supo dejar paso al P. de Clorivière quien después de haber reflexionado y rezado aprobó este intento de vida religiosa con las hermanas de la Cruz de Saint Servan cuya superiora él estimaba mucho, Madre María de Jesús, mujer de gran prudencia y espíritu abierto.

El 8 de septiembre de 1778, el P. de Clorivière escribe a la nueva interna: "Mlle. ¡Que el Señor la ilumine y la sostenga en la nueva etapa en la que Él la ha hecho entrar! No mire ya hacia atrás. ¿De qué servirían las inquietudes al mirar al pasado sino para desanimarse? Mire siempre hacia delante como nos lo enseña el Apóstol. No tema perderse al lanzarse así a ciegas, por decirlo de alguna manera, en el seno de Dios. La confianza y el abandono, estas son dos virtudes que aún no conoce mucho. Pídaselas a menudo a Nuestro Señor. Haga todo el bien que pueda, pero siempre sancionado por la obediencia. No le digo más: la obediencia lo encierra todo".

Confirmada y asegurada por estas fuertes palabras, Mlle. de Cicé continuó con coraje un noviciado un tanto especial.

LOS PRELUDIOS DE LA REVOLUCIÓN

(1789-1790)

El 24 de febrero de 1789, fueron convocados los Estados Generales en una atmósfera de efervescencia y de turbulencias en la que las ideas de los filósofos y la Enciclopedia se enfrentaban con la religión católica y con la autoridad real. Por una concesión aparentemente generosa, pero que traducía una debilidad extremadamente peligrosa el clero aceptó la fusión con el Tercer-Estado en una única Asamblea deliberativa, que se dejó manipular y dominar por los partidos extremistas; éstos, ávidos de novedad, finalmente condujeron a la Declaración cismática promulgada bajo el nombre de Constitución civil del clero. Almas más nobles que clarividentes, como en la ardiente parroquia de Plaintel, el P. Cormaux, creyeron al principio en las buenas intenciones de la Constitución, aunque rápidamente se encontraron decepcionados y siendo víctimas como el mismo P. Cormaux, guillotinado en Paris.

El P. de Clorivière nunca fue crédulo y vio desde el principio los primeros síntomas funestos de una terrible Revolución. En diciembre de 1788, escribe a Mlle. de Cicé: “No auguro nada bueno de la dirección que están tomando los asuntos políticos en los Estados Generales, pero temo mucho más por los de la religión, teniendo en cuenta la disposición de la mayoría de los espíritus ... la religión está perdida si lo que la concierne se remite sin distinción al voto general de la Asamblea, y si el clero, como conviene, no es el único juez en esta materia”.

Los hechos que ocurrieron con rapidez vinieron, desgraciadamente, a confirmar estas previsiones. El 13 de febrero de 1790, la asamblea declaró la supresión de los votos religiosos como atentado a la dignidad de la libertad humana. Todas las personas que vivían en casas religiosas debían tener libertad para salir de ellas y para ello ¡se les debía dar una pensión conveniente!”

A los pocos días del voto sacrílego del 13 de febrero, la Asamblea Nacional, decidió pedir a las diversas autoridades civiles e incluso religiosas el juramento de ser fieles a la Nación y al Rey y mantener la Constitución. Esta Constitución aún no estaba redactada y no anunciaba nada bueno para la religión. El P. de Clorivière vio por lo tanto una puerilidad y una trampa en el juramento reclamado y rechazó claramente prestarlo.

Cuando predicaba la cuaresma en Dinan, buscaba permanecer en el ámbito espiritual; pero hay momentos en los que, cuando la política tiene incidencias injustas y hostiles contra la religión, es deber de un sacerdote protestar e instruir a sus fieles.

El día de la Anunciación expuso con fuerza y ardor la naturaleza y excelencia del estado religioso instituido por el mismo Jesucristo, organizado por la Iglesia, no dependiendo sino de Nuestro Señor y, por lo tanto, independiente de cualquier injerencia del Estado. Seguidamente trazó una pintura admirativa de los grandes beneficios que las Órdenes monásticas y otras no habían cesado de extender por Francia y por el mundo entero. El conjunto de los oyentes fue profundamente y bien impresionado. Pero entre ellos había algunos partidarios de las nuevas ideas que habían acudido para sorprender al predicador en sus palabras y que lo denunciaron a las autoridades locales. Así, al día siguiente, cuando bajaba del púlpito, lo detuvieron y le invitaron a ir al Ayuntamiento. Sin desvestirse se presentó allí. El presidente del despacho un tal M. Gautier, sacerdote seducido por las ideas del momento, le hizo muchos reproches sobre su sermón de la víspera elogiando los votos religiosos. El P. de Clorivière lo escuchó hasta el final tranquilamente sin decir palabra. Después, con los mejores argumentos de la Teología, estableció con certeza y ortodoxia su tesis, preguntando al final al presidente del despacho si, como sacerdote y teólogo, podía incriminar aun alguna parte de su sermón.

“En otras circunstancias, respondió el P. Gautier, no lo condenaría. Pero en los tiempos que vivimos no es prudente y si persiste en hablar así, ¡se hará martirizar!”

“No soy digno de tal gracia, le respondió gravemente el P. de Clorivière. Pero si fuese esa la voluntad del Señor, ¡Lo bendeciría desde el fondo de mi corazón!”

“¡Es fanatismo!” exclamó el padre en el estilo de la época.

“Acepto esta denominación, dijo el P. de Clorivière, me honra, y en su boca es un testimonio de fidelidad a mi deber. En cuanto a usted, Señor, puede realizar con ardor las nuevas funciones que se ha impuesto; en cuanto a mí, no conozco otras sino las del ministerio de Jesucristo; ¡espero cumplirlas siempre con fidelidad y no abandonar nunca el estandarte de mi Divino Jefe!”

El P. de Clorivière, convertido en sospechoso, siguió con sus sermones públicos y sus entrevistas privadas, proclamando la verdad del Evangelio frente a los nuevos dogmas revolucionarios. Pero enfrentado continuamente a las molestias de la municipalidad y pronto privado de la dirección del Colegio, que se confió a un equipo de laicos con las ideas de moda, el P. de Clorivière se preguntaba qué sería de él y qué podría hacer para ser útil en el servicio de Dios... Su pensamiento se dirigió entonces hacia un proyecto que había considerado cuando era un joven religioso: las Misiones lejanas. Había deseado ir a Canadá, ilustrado por el martirio de los padres Jogues, de Brébeuf y otros seis franceses. Además, acababa de saber que uno de sus amigos, Jean Carroll, de origen irlandés y antiguo jesuita como él, acababa de ser nombrado Vicario apostólico de Maryland y solicitaba sacerdotes para ayudarlo en su tarea.

Tan pronto como lo supo quiso ofrecerse y le escribió una carta donde solicitaba esta gracia con mucho interés. Pero al Providencia permitió que la misiva no llegase a su destino. Estaba reservando al P. de Clorivière para otra gran misión, en Francia ...

Mientras tanto, Mlle. de Cicé realizaba con generosidad su ensayo de noviciado con las hermanas de la Cruz de Saint Servan, deseando más que nunca entregarse totalmente a Nuestro Señor, sin saber que Dios la preparaba así para una gran empresa apostólica en colaboración con el P. de Clorivière.

DOBLE INSPIRACIÓN – DOBLE FUNDACIÓN

Pensando en irse a Canadá, el P. de Clorivière albergaba la secreta esperanza de encontrarse allí con muchos antiguos jesuitas y poder trabajar con ellos en la restauración de la Compañía de Jesús como en Rusia. Era una de sus más profundas aspiraciones: ¡conseguir la resurrección de su Orden! El mismo contó que “este pensamiento le venía a menudo a la mente”.

Este pensamiento le vino más fuerte que de ordinario el día 19 de julio por la mañana, día de san Vicente de Paul. A la vez le fue dicho interiormente, pero de una manera muy viva: “¿por qué no en Francia? ¿por qué no en todo el universo?”, como para hacerle comprender que lo que él meditaba era deseable para todo el mundo cristiano y que Dios quería que él se ocupara de ello.

También se le mostró, como en un abrir y cerrar de ojos, la idea de una institución que debía ser muy útil a la Iglesia y contribuir al bien de una infinidad de almas. Esto le fue mostrado de una manera general, pero tan clara que pensaba que todo el mundo tendría las mismas ideas o al menos que no dudarían en adoptarlas cuando se le comunicasen. La impresión que hizo en él esta luz no le permitía dudar; desde el primer momento vio en ello una luz sobrenatural que procedía de Dios. Solo le llamó la atención que Dios parecía fijar la mirada en un instrumento muy despreciable para una empresa de tal envergadura, pero confiando totalmente en su Providencia y en su infinita bondad, se entregó a Dios para que hiciera de él y por él todo lo que quisiera.

Ese mismo día fue a encontrarse con un piadoso y ardiente sacerdote, el P. Enguerran, gran Escolar de Saint Malo y le contó lo ocurrido por la mañana. Este sacerdote le confirmó en la idea de que venía de Dios y de que sería una cosa muy útil, que él mismo quería formar parte (y lo hizo más tarde) y que le exhortaba con vigor a poner por escrito estos pensamientos que acababa de comunicarle.

Animado por este consejo, el P. de Clorivière se puso rápidamente a redactar un sencillo plan sobre esta nueva sociedad religiosa que, en los tiempos actuales de persecución, no debería tener ningún signo exterior que la identificase: ni hábito especial, ni Coro, ni clausura; sino que su finalidad esencial sería mantener y perpetuar en medio del mundo,

sin que lo sepa el mundo y a pesar del mundo, la práctica de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia.

Este punto está muy claro y no cambiará, pero los medios para conseguirlo harán necesarios muchos ensayos. El P. de Clorivière pensó primero que esta sociedad podría ser una rama de la Compañía de Jesús con otra forma... y que debería comenzar esta obra en América con sus antiguos hermanos. Pero esto no es lo que quería la Providencia.

Ese plan detallado, escrito en latín para mostrarlo en la Santa Sede y obtener su aprobación definitiva, fue terminado el 18 de agosto, un mes después de la repentina inspiración del 19 de julio. “Entonces estuve en la incertidumbre de si presentaba mi trabajo a Mons. de Pressigny. Esta empresa me parecía estar por encima de mis fuerzas. Se me ocurría que sería considerado un extravagante. Pero el pensamiento de que Su Excelencia ocupaba el lugar de Dios pudo con mis temores y decidí someterle mis dudas. Nada más tomar esta resolución vino a mi mente de manera imperativa que debería hacer algo análogo a lo que acababa de hacer para los hombres para las personas del otro sexo; y este pensamiento me parecía tener todas las características de una inspiración. Después de haber implorado al Espíritu Santo su luz, me puse en el deber de ejecutar inmediatamente lo que se me había presentado y en el mismo momento recordé dos sentencias del Santo Evangelio que son el encabezamiento del plan de las Hijas de María, y en esos textos creí percibir la orden y el espíritu de lo que voy a decir”:

“Padre, no te pido que los apartes del mundo, sino que los guardes del mal” (Jn 17, 15)

“Ya no os llamo siervos sino amigos, porque todo lo que he aprendido de mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15, 15)

En estos dos textos se encuentran las características distintivas del Instituto de las Hijas de María. Vida en mitad del mundo, libremente, y, por otra parte, vida interior profunda de intimidad con Nuestro Señor, que reemplaza el hábito, la clausura y otras ayudas y protecciones exteriores.

Es curioso que el P. de Clorivière no estableciese inmediatamente la relación entre su inspiración y las confidencias que Mlle. de Cicé le había hecho en un plano análogo e incluso puede decirse idénticas. Pero Mlle. de Cicé lo hizo y fue singularmente feliz al ver que su sueño era, al fin, compartido y realizable.

El P. de Clorivière se apresuró para llevar los dos manuscritos a su obispo, Mons. de Pressigny quien, después de una lectura atenta, aprobó plenamente el pensamiento y su expresión el 18 de septiembre de 1790. Permitía al P. de Clorivière asociar en su diócesis a todos aquellos y aquellas que quisieran presentarse a él y desde ese momento, once sacerdotes bretones y dos antiguos jesuitas se adhirieron al proyecto del P. de Clorivière, formando el primer núcleo de la Sociedad de hombres. Algunas mujeres piadosas y generosas se reunieron en torno a Mlle. de Cicé, cuyo intento en las hijas de la Cruz de Saint Servan le pareció concluyente al P. de Clorivière. Mlle. de Cicé estaba feliz de haber encontrado, por fin, libre de toda ambigüedad, la forma de vida que siempre había deseado.

Hombre de acción y de decisión, el P. de Clorivière quiso ir sin demora a París para obtener la aprobación del Nuncio y así la de Roma, pero pronto se decepcionó. Tras una primera acogida bastante favorable, el Nuncio quiso disuadirle para evitar que se dirigiera a la Santa Sede antes de tener la aprobación de los Obispos franceses, lo que por el momento parecía difícil. Le disuadió sobre todo de querer resucitar la Compañía de Jesús que siempre había sido objeto de un odio especial por parte de los enemigos de la Iglesia. Así, la Providencia cortaba el camino al P. de Clorivière para indicarle otra vía y hacerle comprender mejor el verdadero sentido de su misión. Estuvo por un momento decepcionado y volviendo a su idea de irse a América, el P. de Clorivière rezó y reflexionó llegando a comprender que el establecimiento de la nueva Sociedad y el restablecimiento de la antigua no eran incompatibles y que las dos sociedades podrían incluso ayudarse mutuamente, aunque permaneciendo separadas y actuando cada una en su esfera y según su propio espíritu. Así, el horizonte se desenmarañaba poco a poco.

Pero surgieron otras dificultades en Bretaña para la Sociedad de mujeres, que desde el principio había tomado el nombre de “Sociedad de María”.

Tras un primer momento de alegría y de ánimo, Mlle. de Cicé sufrió grandes tentaciones de desconfianza y pusilanimidad. El demonio, previendo el gran bien que podría hacer, quería inspirarle un temor excesivo al ver su miseria y su impotencia. Pero el P. de Clorivière la ayudaba, animándola con suavidad y fortaleza.

“Tenga buen ánimo, le escribe el 1 de octubre de 1790. ¡No mire tanto su debilidad como la fortaleza que encontrará en Dios!”

Hace una llamada a su generosidad: “¡Que los dolores de la Santa Iglesia absorban todos los dolores particulares! ¡Que los sacrificios que Nuestro Señor pueda pedirnos nos parezcan ligeros frente a los males de la religión! Todo va de mal en peor ... Hay que prepararse siempre para las cruces, pero hay que hacerlo sobre todo en estos tiempos de venganza y de castigo ... tenemos que mirar el sufrimiento como algo tan necesario como el alimento ...” (27 de octubre de 1790).

Por otra parte, aunque estuviese rota en su alma por estos temores y turbaciones, Mlle. de Cicé mostraba al exterior una gran calma, un celo apostólico y un ánimo grande que siempre mantendrá en su comportamiento.

En París, donde había ido y se había alojado en el Seminario de las Misiones Extranjeras, el P. de Clorivière había ganado la confianza del superior, M. Martin Hody, un santo anciano que solo respiraba la gloria de Dios y la salvación de las almas y que condujo hasta el P. de Clorivière a varios adeptos y en particular el gran Vicario de Nevers y el de Paris, M. Gabriel Després, quien encontró un glorioso fin en la masacre de septiembre en los carmelitas, y cuatro asociados, de tal modo que con los tres padres bretones, el P. de Clorivière tenía nueve compañeros como en otros tiempos tuvo san Ignacio con sus estudiantes de Paris.

La Sociedad de María crecía también poco a poco en Bretaña y también habían reclutado a algunas personas de la capital. El pequeño grupo contaba con cinco miembros, pero ya se anunciaban otras vocaciones muy serias.

Entonces, el P. de Clorivière juzgó que había llegado el momento de “dar un comienzo a las dos Sociedades”. En la mañana del 2 de febrero de 1791, con cinco de sus compañeros, se dirigió al santuario de Montmartre y celebró la misa en la capilla de san Ignacio. Después de la misa, cada uno de los asociados pronunció la fórmula de asociación, pero individualmente y en voz baja para evitar cualquier exposición o indiscreción.

“Nosotros, los abajo firmantes... teniendo como único objetivo la gloria de Dios, nuestra perfección personal y la del prójimo...bajo el amparo de la Santísima Virgen y de todos los santos Y en particular de san Ignacio al que elegimos como Padre y Patrón ... juntos hacemos una alianza religiosa y un pacto sagrado, proponiéndonos caminar cada día más de cerca tras las huellas de Nuestro Señor Jesucristo crucificado... hacer florecer en nuestras almas cada vez más y si es el

deseo de Dios por toda la tierra, la dignidad del cristiano y del sacerdote, unido a la pobreza y a la humildad religiosas...

Se comprende que este acuerdo depende de la aprobación que esperamos obtener algún día de la Santa Sede”.

Aun no se habla de Orden religiosa sino de una asociación piadosa.

Después de dedicar el tiempo conveniente a la acción de gracias, los asociados se abrazaron con mucha alegría como signo de fraternidad.

El mismo día en París, en un lugar desconocido, la Sociedad de María realizaba sus primeros compromisos. Mlle. de Cicé estaba retenida en Bretaña, pero se asociaba de lejos y de todo corazón con lo que ocurría en París. Le había pedido al P. de Clorivière que firmase por ella el acta de consagración. Él puso su nombre por encima de los demás porque, decía, “era la primera piedra de esta fundación”.

Los asociados eligieron por jefe y superior al que les había reunido, y el P. de Clorivière no pudo declinar este honor y esta tarea, pero con dos condiciones: en primer lugar, que se retiraría una vez que los Obispos y el Soberano Pontífice hubieran establecido el futuro de la Asociación, y después todo el tiempo que la voluntad de Dios le retuviese en Francia y le impidiese la entrada en Maryland. Hasta aquí, en efecto el P. de Clorivière pensaba en ir con Mons. Carroll a América con Mlle. de Cicé y varios sacerdotes que M. Emery, superior de San Sulpicio, había reunido para seguir esta expedición para la que se debía fletar un barco que pudiera salir en primavera.

Pero la Providencia no favorecería este proyecto: quería que el celo apostólico del P. de Clorivière se ejerciera en Francia.

Las cosas iban cada vez peor en nuestro desgraciado país sacudido por una revolución impía. El 25 de febrero, en París, se realizó la primera consagración de un Obispo constitucional. En muchas parroquias, los pastores legítimos eran apartados y sustituidos por sacerdotes intrusos y cismáticos. Muchos Obispos abandonaban sus diócesis para refugiarse en el extranjero. Los fieles ¿permanecerían sin defensa, entregados al cisma, a la herejía, privados del auxilio religioso? ... ¿Era el momento acaso de irse a evangelizar a tierra extranjera cuando la hija mayor de la Iglesia corría tal peligro de perdición? Todos estos pensamientos se agitaban en la cabeza del P. de Clorivière, dejándole en una gran confusión. Con espíritu de fe, fue una vez más a confiar sus inquietudes

a su Obispo, Mons. de Pressigny, quien, después de escucharlo con atención, cortó tajantemente diciéndole: “¡Quédese en Francia!”.

Rápidamente dio la noticia a Mlle. de Cicé, pero dejándola libre para hacer lo que pensara que era mejor para servir a Dios. “Allí hará usted el bien con menos peligros y combates. Aquí también hará el bien, quizá mayor bien, y tendrá que sufrir y combatir más. Según esto, ¡decídase! Rezo al Padre de las luces para que le dé abundantemente las que necesite”.

Mlle. de Cicé era demasiado noble y generosa para no comprender la decisión del P. de Clorivière y compartirla. Renunció al proyecto de ir a América y mientras que sus hermanos, los Obispos y su hermana iban a buscar asilo en el extranjero, ella decidió quedarse en Francia “para sufrir y combatir” en el servicio de Dios.

Después de la consagración del 2 de febrero, las primeras Hijas de María se habían retirado en casa de las Miramiones (o Hijas de Santa Genoveva) cuya vida se parecía bastante a la suya. Pero esta comunidad fue dispersada y las hijas del P. de Clorivière también y, sin embargo, se anunciaban buenas vocaciones. Pero hubiera hecho falta una cabeza para agruparlas y dirigir las. Por lo tanto, parecía indicado que Mlle. de Cicé viniese a París. “De aquí procede el mal; de aquí es de donde debe venir el remedio”, escribía el P. de Clorivière.

Mlle. de Cicé aceptó con ánimo, aunque le costaba dejar Bretaña y sobre todo Saint Servan, lugar donde había recibido tantas gracias. Pero venir a París era solo la primera etapa de los proyectos del P. de Clorivière que quería establecer a Mlle. de Cicé como superiora general de la Sociedad que nacía. Él preveía la reacción de su humildad y su sensibilidad, pero también contaba con su valentía y su generosidad. Después de haber reflexionado y rezado, el 30 de abril de 1791 le escribe una carta que transmite un espíritu casi profético de celo y de heroísmo:

“Señorita y muy querida hija en Jesucristo,

Ha llegado el tiempo de realizar algo grande para el Señor. La magnitud de los males que sufre la Religión, y los males aún mayores con los que está amenazada... piden y solicitan un auxilio rápido. Tenemos que salvar con nosotros del naufragio al mayor número de personas que podamos. Es la forma más segura de garantizar nuestra salvación y no podemos hacer otra cosa que le agrade más a nuestro divino Maestro. Os diré que Él lo desea, que Él espera eso de vuestro amor, que podéis

pensar con razón que este es el objetivo de todas las gracias que Él os ha concedido...que si por falta de coraje o de confianza rechazáramos recibir sus adorables designios esto sería para nosotros una infidelidad condenable que enfriaría su amor hacia nosotros...así lo creo en lo que me concierne.

En cuanto a usted, Señorita y muy querida hija ¿qué piensa de sí misma? ¿podemos dudar de que el Señor le haya otorgado grandes gracias? ¿que Nuestro Señor no le haya prevenido desde la infancia? ¿acaso Él no le ha inspirado los deseos de perfección? Si Él no ha permitido que se consagrara a Él en el claustro, Él le ha enseñado el camino para hacerlo en el mundo. Ensanche su corazón, dele la dimensión de sus deseos... Desea hacerlo todo, sufrirlo todo para ganarle algunas almas a Jesucristo. Olvídese de sí misma... piense en Aquél cuyo brazo omnipotente la sostendrá si fija los ojos en Él en vez de fijarlos en sí misma.

¿Adivina ahora quien es aquella que yo pienso que ha elegido Dios para procurar a su Santa Madre un gran número de hijas queridas? Ella debe tener un gran deseo de perfección, de celo por la perfección de los demás ... desprendida de los bienes de esta tierra y de la vanidad del siglo... que sin haber sido religiosa conoce las obligaciones de esa vida. En cuanto a la naturaleza, debe tener la prudencia, no la de la carne ...que posea algo que tienda a la unidad en su espíritu; que sepa acomodarse a los diferentes temperamentos para ganárselos todos a Jesucristo...que no tema el esfuerzo, que tenga recursos espirituales y experiencia en las cosas ordinarias de la vida.

Ahora bien, encuentro todas estas cosas en una apersona que el Señor me ha mostrado hace ya unos años y cuya perfección deseo vivamente.

Por lo tanto, creo que es a esa persona a la que puedo decir que es el instrumento del que Dios quiere servirse para realizar su proyecto. No le diré que tiene todas las cualidades necesarias para ello, pero puedo garantizarle que, si la buena voluntad no le falta, Dios suplirá con abundancia lo demás...La persona de la que le hablo está aún en el plano de lo sensible; no deja bastante parte a la fe, lo que hace que caiga fácilmente en las paradojas a las que el demonio quiere conducirla...lo que la daña mucho. Pero el Señor le ha concedido la docilidad y esta virtud, sostenida por las gracias que serán la recompensa de su fidelidad, disipará los obstáculos que la paralizan y saldrá triunfante de ellos.

Sin embargo, no quiero prescribir nada ni mandar. Que el alma se sondee a sí misma...No dudo que el Espíritu Santo que se comunica a los humildes le hará conocer lo que Él espera de ella...Si esta alma, como lo supongo, quiere abandonarse a su guía y no desea más que cumplir su voluntad, no dudo en que pondrá Él las disposiciones que exige su proyecto sobre ella.

Le escribo estas cosas desde el campo, para que tenga más tiempo para reflexionarlo y porque puede ser que mañana, cuando yo vaya a la Croix, no tenga tiempo de explicarme con usted. (Carta del 30 de abril de 1791).

Así, el P. de Clorivière no imponía nada, sino que mostraba con claridad el camino. Al pie de su crucifijo, Mlle. de Cicé supo acallar sus temores y repugnancias para inclinar la cabeza bajo el peso de su misión.

Ante la autoridad que se le confiaba y el temor que experimentaba, Mlle. de Cicé sintió mayor necesidad de humildad y dependencia absoluta del Padre de su alma. Le pidió y obtuvo lo que en varias ocasiones había solicitado en vano: hacer entre sus manos el voto de obediencia según la siguiente fórmula:

“Señor Omnipotente y Eterno, yo, Adelaida María Champion de Cicé, postrada en vuestra presencia aunque muy indigna, confiando sin embargo en vuestra bondad y misericordia, hago voto a vuestra divina Majestad, en presencia de la gloriosa Virgen María y de la corte celeste, de obediencia a M. de Clorivière, bajo la autoridad de todos los superiores legítimos, suplicando con total humildad de vuestra Bondad infinita por la Preciosa Sangre de Jesucristo, que os plazca recibir este holocausto en olor de suavidad. Y puesto que os ha agradado darme la gracia de desearlo y ofrecéroslo, concedédmela también para cumplirlo y continuarlo todo el resto de mi vida” (6 de junio de 1791)

Unos días después, el P. de Clorivière le escribía desde Limoëlan donde se había refugiado:

“Ya que le ha parecido bien a Nuestro Señor que me encargue de una manera especial de vuestra alma y que os ha inspirado el deseo de ponerlos bajo mi dirección, debo advertirle, lo más a menudo que pueda, de lo que yo crea es más conveniente para su adelanto en la perfección. Aparte la mirada de sí misma y fije los ojos en aquel del que espera la fortaleza y la salvación”.

Sin embargo, Mlle. de Cicé se ocupaba de poner en orden sus asuntos y los de la Sociedad antes de irse a la capital. Delegó el cuidado del grupo de Bretaña en Mlle. Amable Chenu, de Paramé, bajo la dirección del P. Enguerran y con la asistencia de Madre María de Jesús de Saint Servan.

Por su parte el P. de Clorivière preparaba su llegada a París. Le aconsejó que no tomase habitación en un convento, sino en una casa particular para estar más libre. El 20 de agosto de 1791 escribe: “Ahora ya no tendrá mucho tiempo para permanecer en Bretaña. El Arzobispo de París (Mons. de Juigné) ha respondido a su gran Vicario que aprobaba nuestro proyecto y que lo juzgaba muy adecuado para procurar la gloria de Dios. Es todo lo que yo deseaba para decirle que venga a esta región donde será bien acogida. Como compañero de viaje estará nuestro buen amigo M. Cormaux”.

El 15 de octubre, en la fiesta de santa Teresa: “Ayer por la tarde recibí, querida hija, su carta del 10 y respondo a ella el día en que debe llegar a Rennes bajo la protección de una gran santa que ha emprendido ella misma largos y penosos viajes por la gloria de su divino Esposo.

Viaje con ella y como ella: es bueno que aprenda de ella... tenga plena confianza en Dios; Él es quien pone en sus labios la persuasión para atraerse las almas sobre las que Él tiene proyectos particulares de misericordia; siga dócilmente las santas inspiraciones que él le da. Hay muchas señales de que es usted a quien ha elegido para su obra”.

Y el Padre añade, ya que a pesar de su firme resolución de avanzar Mlle. de Cicé experimentaba dolorosas alternancias de confianza y de abatimiento:

“No pida más y no quiera tener sobre eso una certeza total y limpia de dudas: de ordinario, el Señor no lo concede. Se indigna incluso contra los que parece que lo exigen. Esta especie de oscuridad nos es muy saludable y el medio que tenemos para practicar con perfección la confianza, el abandono y el amor”.

Hacia mediados de octubre de 1791, el P. Cormaux, uno de los hijos espirituales y primeros discípulos del P. de Clorivière, futuro mártir, pudo reunirse con Mlle. de Cicé en Rennes y acompañarla hasta París. Ese viaje recibió una gracia insigne: la presencia invisible y omnipotente del Santísimo que el sacerdote llevaba con él....

BAJO EL TERROR (1792-1804)

El P. de Clorivière había preparado un alojamiento para Mlle. de Cicé calle de Postes nº 8 en el tercer piso de un inmueble del barrio de San Víctor. Pero los dos tendrán que cambiar con frecuencia de domicilio para despistar a la policía para la que son dos sospechosos, el P. de Clorivière como sacerdote no juramentado, Mlle. de Cicé como noble y hermana de emigrados. Los dos van a vivir durante doce años una vida errante, peligrosa y heroica, que recuerda de muy cerca la vida de los primeros cristianos en las Catacumbas durante las persecuciones romanas.

Apenas instalado en el barrio San Víctor con un hermano de la Doctrina Cristiana que era seguidor suyo, el P. de Clorivière recibió la visita de los enviados de la policía en el momento en que él iba a salir de su habitación. Éstos bruscamente preguntaron si el ciudadano Clorivière estaba en su casa. El Padre contestó con mucha sangre fría: “No, acaba de salir. Si quieren ustedes esperarlo voy a abrirles la puerta de su apartamento, tengo la llave”. Ellos se contentaron con esa respuesta, permitiéndolo la Providencia, y se marcharon de allí. Pero tenían que volver y, alertado por esta aventura, al P. de Clorivière le pareció prudente alejarse de París por algún tiempo. Se refugió en Villers-sous-Saint-Leu, en casa de un pariente suyo, donde ocupó el tiempo en rezar y en escribir. “Pensamientos destacados sobre los progresos de la razón, sobre el crecimiento o el deterioro de las luces”, donde describe el proceso del siglo XVIII, siglo de decadencia intelectual y moral.

Sin embargo, él tenía prisa por volver a París donde Mlle. de Cicé le había preparado un refugio en el nº 11 de la calle Cassette, con un escondrijo, especie de pasillo estrecho entre dos tabiques, bien disimulado y capaz de escapar a los registros más rigurosos. Allí, efectivamente, el P. de Clorivière establecerá, por así decir, su cuartel general.

En aquel reducto su primer cuidado fue instalar un altar con un sagrario, de manera que pudiera celebrar la Santa Misa y conservar el Santísimo. También allí, en la intimidad con su Señor, podía continuar redactando, escribiendo y precisando las Reglas de las dos Sociedades y enjuiciar la Revolución. Nunca salía sin razones graves. “Cuando necesitaba dejar mi retiro de la calle Cassette, contaba él más tarde, empezaba por arrodillarme ante el altar que yo había levantado al final de

mi estrecha celda, pero guardaba la estatuilla de madera de la Santísima Virgen en mi bolsillo secreto, donde colocaba a Nuestro Señor al lado de su santa Madre cuando se lo llevaba a los enfermos, y decía: “A ti, mi buena Madre, te corresponde ahora guardar a tu divino Hijo, pues yo no puedo nada, ya lo ves, para salvar mi precioso tesoro”, luego a los santos Ángeles: “Vosotros, caminad delante de vuestro Señor y vuestra Reina, como hicisteis en la huida a Egipto”, y luego yo afrontaba sin miedo los peligros del viaje, hasta por los barrios y bulevares”.

Por una maravilla de la Providencia aquella heroica y filial confianza jamás fue defraudada.

Hermana de emigrados y conocida por su gran piedad, Mlle. de Cicé también era sospechosa para los poderosos del momento.

Su inalterable confianza en Dios, inspirada y sostenida por el P. de Clorivière, y su heroica caridad, la salvaron durante mucho tiempo de cualquier peligro, y le permitieron ocuparse activa y eficazmente de sus hijas dispersas por la capital, o residiendo aún en Bretaña, 259 en total. Allí también, el P. de Clorivière, sobrio para los elogios, le escribe: “Los trabajos que Vd. se toma, mi querida hija, demuestran que ciertamente es la verdadera Madre de la Sociedad y bendigo de todo corazón a Dios y a su Santa Madre por haberme dado en Vd. una colaboradora tan buena para el honor de sus Sagrados Corazones.”

El 15 de agosto de 1792 Mlle. de Cicé hacía sus votos religiosos.

Sin embargo, el nº 11 de la calle Cassette había atraído la atención de la policía por las frecuentes idas y venidas que se notaban allí, y se encargó a un agente de una investigación a domicilio. Mlle. de Cicé fue detenida el 25 de agosto de 1793 y fue a parar al Depósito de los acusados, donde tuvo que pasar tres semanas. El interrogatorio no reveló más que su correspondencia: ningún rastro de inteligencia con los emigrados o los enemigos interiores de la República. Fue puesta en libertad, pero quedando bajo la vigilancia de la policía en el distrito XI,

En este intervalo el P. Cormeaux había sido ejecutado en París el 9 de junio de 1794 y Mme. de Bassablons le seguía algunos días después en el martirio; lo que le hizo decir al P. de Clorivière “que las dos Sociedades tomaban posesión del Cielo incluso antes de estar bien establecidas en la tierra”.

En su escondite de la calle Cassette el Padre seguía con dolor y espanto los horribles progresos de la Revolución. Las cenizas de Voltaire,

aquel enemigo de Jesucristo, llevadas al Panteón; la impía apoteosis del sanguinario Marat cuyas alabanzas se celebraban proclamando: “Jesucristo vino a instaurar la religión, Marat a destruir el fanatismo”. El P. de Clorivière lloraba sobre Francia pecadora, como en otro tiempo Nuestro Señor sobre Jerusalén infiel.

Consternado porque Francia renegaba de todo un pasado de gloria y de fe para arrojarse con la cabeza agachada y con furor en todos los excesos de la vergüenza y la impiedad, juzga los acontecimientos con una gran seguridad y altura de miras. Esta Revolución estaba preparada desde hace tiempo por el libertinaje de las mentes y de las costumbres, pero Satanás se había aprovechado de ello, bajo la cobertura de una pretendida libertad, de una pretendida igualdad y de una pretendida fraternidad. Empuja a sus fanáticos secuaces a proclamar los Derechos del hombre olvidando sus deberes para con Dios.

El Padre ve lejos y claro, pues predice: “El carácter de la Revolución presente es que debe ser general”.

Pío VI en su Breve del 10 de marzo de 1791 condenó la Declaración de los Derechos del hombre, pero el P. de Clorivière no prevé que aquel Breve tenga un gran efecto en aquellos momentos. Se necesitará tiempo para volver a enseñar a Francia sus deberes para con Dios.

Mientras tanto, para consolarse compone cánticos espirituales destinados sobre todo a instruir por medio del canto a los niños de la catequesis.



APROBACIÓN DE LAS DOS SOCIEDADES POR EL PAPA PÍO VII (1801)

A pesar de los malos días, las dos Sociedades progresaban en número y en calidad, y el P. de Clorivière había precisado y perfeccionado su organización en un nuevo Plan, impreso en 1792. Después de haber conseguido la aprobación de los Obispos franceses refugiados en Alemania y en Inglaterra, pudo enviar a dos fieles mensajeros a Roma para obtener la aprobación de Pío VII que, en efecto, fue dada oralmente

el 19 de enero de 1801. “Su Santidad declaraba especialmente que Ella aprobaba la forma de vida trazada en la Memoria a los Obispos, pero que no era el momento de conceder una aprobación pública: Que la daría de buena gana en tiempos más tranquilos... que Su Santidad autorizaba para seguir este género de vida a todos los que lo desearan”. El hecho era más considerable de lo que parecía y debía tener unas consecuencias más amplias. Era una nueva forma de vida religiosa que nacía en la Iglesia. Lo que parecía más extraño a la profesión religiosa y lo más incompatible con ella, era aprobado y ratificado por el Vicario de Cristo. El P. de Clorivière al comunicar esta buena noticia a los suyos les hace notar que esta aprobación “confirma nuestra reunión como Sociedades religiosas sin habitación común, sin ropa uniforme y sin otras observancias del claustro ... Los nombres que llevamos de Sociedad del Corazón de Jesús y Sociedad del Corazón de María, los fines que nos proponemos, los medios que tenemos que poner para alcanzarlos, nuestras reglas, la manera como practicamos los votos y las demás cosas en que nos distinguimos de otros cuerpos religiosos ...”

Las dos familias podían entregarse al gozo y después de las incertidumbres, las contradicciones y las tormentas que acababan de pasar, esperar por fin unos días mejores y más tranquilos. Pero las obras de Dios no progresan aquí abajo más que por la cruz. El P. de Clorivière escribía unos meses después (cf. Carta a Mlle. de Goësbriand, 6 de agosto de 1802):

“Desde que hemos tenido la confirmación de que el Santo Padre aprobaba nuestra manera de vida ... es increíble cuántos medios ha puesto el infierno para destruirnos”.

En efecto, la persecución que parecía que hasta entonces había respetado al P. de Clorivière y a Mlle. de Cicé ahora va a alcanzarlos, pero para aumentar su mérito y fecundar su apostolado. “In Cruce salus et vita ...”



EL COMLOT DE LA MÁQUINA INFERNAL (1801)

ARRESTO Y PROCESO DE MADRE DE CICÉ

El 18 brumario (9 de noviembre de 1799) el Consulado había sustituido al Directorio. El joven General Bonaparte aureolado con sus brillantes victorias en Egipto y en Italia, se había convertido en Primer Cónsul. Todo en él hacía pensar en un jefe preparado para desempeñar un papel de primer orden a la cabeza del Gobierno. Esta perspectiva aterrorizaba a la vez a los Jacobinos cuyas violencias condenaba Bonaparte y los Monárquicos que combatían en Vendée; aunque algunos de ellos se unieron para tramar un odioso complot para suprimir al Primer Cónsul.

El 3 nivoso (24 de diciembre de 1800) Bonaparte iba del Carrusel a la Opera, pasando por la estrecha calle San Nicasio, cuando una “máquina infernal” estalló, sacudiendo a todo el barrio, matando o hiriendo a varias personas, pero dejando incólume al Primer Cónsul.

Este atentado criminal revolucionó a la población parisina ávida de paz, y también descontentó a las provincias. La represión fue severa y fueron ejecutados o deportados un buen número de Jacobinos y de Chuanes. También se buscó a los cómplices. Como consecuencia de circunstancias inesperadas y enojosas se supuso que Mlle. de Cicé formaba parte del grupo.

Pocos días después del atentado, un tal Carbon se había presentado en la calle Cassette nº 11 con la recomendación del P. de Clorivière. Se presentaba como un emigrante vuelto a Francia antes de ser borrado de la lista de proscritos. Decía que estaba esperando para conseguir un permiso de estancia y mientras tanto tenía que estar de incógnito. Pedía hospitalidad por unos pocos días.

Confiada en la personalidad del introductor de Carbon, Mlle. de Cicé siempre dispuesta a ayudar a los desdichados, sin embargo, no pudo, por falta de sitio, alojar en su casa al pretendido emigrante. Le rogó a una de sus amigas, Madame de Gouyon de Beaufort, enviarlo a casa de Madame Duquesne, en la calle Notre-Dame-des-Champs, donde sería recibido y alojado por unas religiosas, las “Damas de San Michel”.

Carbon, que había participado en el complot de la máquina infernal, no tardó en ser descubierto por la policía. El desdichado creyó salvar su vida traicionando el nombre de la que le había procurado un refugio.

El 30 nivoso Mlle. de Cicé y sus dos amigas fueron inculpadas, detenidas y encarceladas en Santa Pelagia. Tenía que quedarse allí tres meses, hasta que su expediente fuera instruido y llevado a la Audiencia de lo criminal. Iba en ello su cabeza.

En Santa Pelagia Mlle. de Cicé pudo encontrarse desorientada y desconcertada entre mujeres perdidas, por sus costumbres y sus crímenes. Pero tenía un don especial para las relaciones y para la conversación “algo amable en su espíritu” que el P. de Clorivière había reconocido varias veces, y su corazón estaba lleno de compasión y de indulgencia para todos los desdichados. Sin dejarse impresionar ni abatir por aquella triste residencia supo hablar a aquellas pobres criaturas y hacerles hablar. Se interesó por sus penas, sus miserias, su arrepentimiento, ingeniándose para consolarlas, aconsejarlas y darles ánimo. Les prestaba todos los servicios posibles con una sencillez encantadora, compartiendo con ellas sus vestidos, su ropa interior, sus zapatos ... En breve: rápidamente se ganó su corazón y mereció su respeto, de tal modo que aquellas pecadoras que notaron las horas en que su santa compañera hacía sus oraciones, se pusieron de acuerdo para hacer silencio en aquellos momentos y no turbar su recogimiento. En reciprocidad ella les enseñó a cantar bonitas canciones y cánticos espirituales en lugar de sus estribillos frívolos u obscenos. En poco tiempo su presencia había transformado la atmósfera de la prisión. Cuando tuvo que dejar a aquellas desgraciadas, para todas fue una gran pena y le hicieron prometer que volvería a verlas si quedaba libre, lo que Mlle. de Cicé hizo efectivamente con las necesarias autorizaciones.

El 1 de abril de 1801 Mlle. de Cicé fue llamada a comparecer ante los jueces.

El miserable Carbon pretendía que era el chuan Limoëlan quien le había recomendado a Mlle. de Cicé. Ésta negaba haber visto a Limoëlan respecto a Carbon, pero se negaba a dar el nombre de la persona que se lo había enviado, y que no era otro que el P. de Clorivière. Todo el drama del proceso está ahí. A Mlle. de Cicé tenía para defenderla uno de los mejores abogados de París, M. Bellart, que le era muy adicto. Un día ella le dijo: “Muy bien, ¿qué ocurrirá si me sigo callando? - La muerte, señorita”, exclamó él. “La muerte”, repitió ella con espanto, y se

desvaneció. La atendieron y cuando volvió en sí “Dios mío, dijo, perdóname mi debilidad. Tengo miedo a morir. No importa, moriré si es necesario, pero no entregaré un inocente a la justicia”.

En la audiencia el jurado se quedó impresionado ante tanto valor, unido a tanta sencillez y caridad. Cuando llegó el momento en que el Presidente del Tribunal llamó a los testigos de la defensa, M. Bellart hizo notar que, si hubiera sido posible hacer comparecer a todos los que se ofrecían en favor de Adelaida de Cicé, el recinto del Palacio de Justicia no habría bastado para recibirlos. Más de 2000 personas habían acudido de los diferentes barrios de la ciudad, sin distinción de partido, pobres, enfermos, niños, desdichados de cualquier clase ... También habían llegado de Bretaña muchos testimonios escritos. M. Bellart ensalzó aquella abnegación heroica y universal y se asombró de que su clienta no hubiera necesitado otro testimonio que el de una vida llena de caridad.

Su discurso es célebre: “El crimen del 3nivoso ha hecho viudas: devolved a la sociedad a aquella por la cual fueron socorridas y consoladas.

Ese crimen dejó pobres: devolved a la sociedad a aquella por quien si estuviera en su poder no habría ningún pobre.

Ese crimen ha dejado heridos: devolved a la sociedad a la que tantos enfermos y heridos curaba y consolaba.

Por unanimidad de votos se pronunció la absolución. Respondió a ella una inmensa y larga ovación. A la salida la multitud se precipitó para demostrar a la perdonada su admiración y su simpatía. Fue un verdadero triunfo. Parece verdaderamente que Dios permitió ese proceso para que se revelase al mundo y especialmente a sus futuras hijas, la fe, la caridad, el temple de alma heroica de su madre. Ese proceso se ha podido decir, ya era “un proceso de canonización”.

EN PROVENZA (1802)

Madre de Cicé había sido absuelta, pero estaba bajo la estrecha vigilancia de la policía.

Había confesado, sin embargo, que conocía a Limoëlan sin haberlo visto a propósito de Carbon, y Limoëlan era el sobrino del P. de Clorivière. Por eso el Padre era buscado por los sabuesos de Fouché. Su estancia en la capital era peligrosa para los dos.

Entretanto en París se había firmado el Concordato el 15 de julio de 1801, ratificado en Roma el 15 de agosto; las diócesis estaban restauradas en Francia con nuevos Obispos, y Mons. Jérôme de Cicé era trasladado de la sede de Burdeos a la de Aix-en-Provence. Sabiendo la penosa vida que llevaba su hermana en la capital, la invitó insistentemente para que fuera a residir cerca de él e incluso pidió al P. de Clorivière que apoyase su demanda. Éste aceptó y le escribió a Mlle. de Cicé:

“Sería un medio, señorita, discreto y seguro de sustraerse a toda clase de búsquedas y de males, y que unos enemigos celosos la pierdan de vista y dejen de pensar en Vd. Por otro lado, será como una misión que se le encargara. Quizá tendría que dar a conocer la obra de Dios a buenas almas que sólo piden eso para abrazarla. Es tema para las conversaciones y charlas particulares; y Dios le da la gracia para ello. Considere la cosa ante Dios, pues yo quiero que actúe libremente ...”

Después de reflexionar, Mlle. de Cicé decidió ir a Aix, pero dejando en París para suplirla a Mme. de Carcado con el título de Asistente General. Por otra parte, de lejos continuó velando por la Sociedad por medio de sus cartas, sin perder su prestigio ni su autoridad.

En Aix tuvo que compartir la vida de su hermano en recepciones, visitas, negocios, en un ambiente no precisamente mundano, pero menos recogido que en París, y el 20 de julio le escribía el P. de Clorivière. “De todos modos en medio del torbellino del mundo, en el tiempo de las visitas que su posición hace necesarias, recurra a los Corazones de Jesús y de María. Que esos Corazones sean el centro de su descanso. Allí, sentada apaciblemente con Magdalena a los pies del que Vd. ama, desahogue su corazón en el suyo, y así mientras el mundo le habla y Vd. le habla al mundo, no escuche interiormente más que al Verbo divino”.

Mlle. de Cicé había tomado a su cargo sobre todo la sección de las buenas obras a las que se entregaba con su celo habitual que corría el riesgo incluso de llevarla demasiado lejos, teniendo en cuenta su estado de salud muy quebrantada desde la prisión en Santa Pelagia y las emociones del proceso. El P. de Clorivière le escribe con su paternal prudencia: “No desaproveche ninguna de las ocasiones que le dé la Providencia para dar buen ejemplo al prójimo y mitigar su miseria; pero no se entregue usted misma a ese tipo de obras, por miedo a que la lancen demasiado a la disipación y excedan demasiado sus fuerzas corporales y espirituales”.

La diócesis de Aix entonces era muy extensa y comprendía las actuales diócesis de Marsella y Frejus. Después de la impía tormenta revolucionaria que acababa de pasar, tenía una gran necesidad, por así decir, de ser recristianizada, reevangelizada. Mons. de Cicé lo comprendió y quiso recurrir para esta obra capital al P. Perrin antiguo misionero en las Indias, hombre muy apostólico, vigoroso y elocuente, Padre del Sdo. Corazón. El P. Perrin aceptó con mucho gusto, pidiendo para ese ministerio la ayuda del P. de Clorivière que el Arzobispo aceptó fácilmente. El P. de Clorivière pensaba que con el P. Perrin podrían dar grandes misiones los dos, como la que daba el P. Cormaux en Bretaña según el método heredado del P. Maunoir. Pero Mons. de Cicé no se atrevió a autorizar aquellas grandes manifestaciones de fe, temiendo las reacciones de un gobierno sospechoso todavía y mal organizado, que habría podido ver intenciones políticas bajo un movimiento religioso. Sólo permitió a los dos Padres que predicaran retiros a religiosas y sacerdotes. El P. de Clorivière quedó muy decepcionado, pero se resignó a aquel programa reducido, esperando que Mons. de Cicé acabaría por permitir ministerios más importantes. A través de esos retiros reclutó por lo menos algunos miembros interesantes para sus dos Sociedades, en particular las tres señoritas Artaud ... Pero al ver que el Arzobispo no cambiaba su primera decisión, le pareció que su presencia sería más útil en París y se impuso el deber de volver a la capital.

Mientras tanto en Besançon, Poitiers, Tours, Orleans, las dos Sociedades habían tenido buena acogida y empezaban a extenderse. El P. de Clorivière quiso visitarlas en aquel viaje de vuelta y en todas partes fue recibido como un Ángel del cielo. Le escribía a Mlle. de Cicé: “He visto a todas nuestras queridas hijas y a casi todos nuestros queridos hermanos colegas, y puedo asegurarle que he estado muy satisfecho de todo lo que he visto, y usted lo estaría también ... M. Bacoffe está al frente

de una sucursal: en su iglesia es donde yo celebro la Misa. Aquí goza de la mayor consideración. M. de Chaffoy, antiguo Vicario General, me ha hablado más de una vez de los grandes servicios que Mlle. d'Esternoz ha prestado en el hospital”.

En Poitiers Mlle. Gauffreau solicita como un favor la dicha de hospitalizar al P. de Clorivière. Ella fue heroica durante toda la Revolución para ocultar a los ministros de Jesucristo y ayudarles: mereció el nombre de Madre de los Sacerdotes. El P. de Clorivière pensaba también ir a Bretaña y Anjou, cuando lo llamaron repentinamente de París donde lo reclamaban graves asuntos y donde su hermana de la Visitación, Sor Teresa de Gonzaga, acababa de apagarse santamente, el 3 de enero de 1804.

Tenía la intención de revisar pausadamente y coordinar todos sus escritos relativos a las dos Sociedades, cuando una nueva prueba vino repentinamente. El 5 de mayo de 1804 era detenido en su domicilio de la calle Notre-Dame-des-Champs y conducido a la policía.

ARRESTO Y ENCARCELAMIENTO DEL PADRE DE CLORIVIÈRE

(1804-1809)

A su vuelta de Provenza el P. de Clorivière se había alojado en la calle Notre-Dame-des-Champs, frente a la calle Mézières donde vivía Mlle. de Cicé. Pensaba que estaría protegido de cualquier persecución de la policía y podría poner a punto sus diversos escritos relativos a las dos Sociedades. Pero Fouché era un comisario que continuamente estaba trabajando. El complot de Cadoudal acababa de recordar el nombre de Limöelan, sobrino del P. de Clorivière y por eso mismo el nombre de su tío, estaba más o menos relacionado con el asunto de la máquina infernal. Y así el 5 de mayo por la mañana el P. de Clorivière fue detenido, vio secuestrados todos sus papeles y fue llevado a la comisaría.

Aquel mismo día tenía lugar una irrupción de la policía en la calle de Mézières, en casa de Mlle. de Cicé. Pero ella estaba enferma y en la cama y su médico, el Sr. de Jussieu, estaba a la cabecera con uno de sus colegas llamado Marnier. Los dos declararon que no se podía trasladar a la enferma. Sin embargo, sus papeles fueron confiscados y aunque no se encontraba en ellos nada comprometedor, la enferma quedó bajo vigilancia de la policía.

En cuanto al P. de Clorivière en la comisaría durante tres días sus papeles, estando él presente, se sometieron al más riguroso examen. Cuentas de conciencia, resoluciones de retiros, conferencias a las benedictinas de Bruselas, homilías a los fieles de Paramé, cánticos espirituales, escritos relativos a las dos Sociedades, ... no se encontró ningún rastro de conspiración.

Los interrogatorios no tuvieron mejor resultado. El primero recayó sobre el atentado del 3 nivoso, la máquina infernal. “Yo solo podía responder una cosa, contó más tarde el P. de Clorivière: que yo no había conocido el asunto más que por la voz pública y por los periódicos”.

Interrogado sobre las dos Sociedades que dirigía, el P. de Clorivière expuso claramente su naturaleza y su fin puramente espiritual y de ninguna manera político, añadiendo que todo esto se encontraría impreso en papeles. Al final del último interrogatorio, M. Bertrand declaró que él se lavaba las manos de todas esas indagaciones y que la orden de arresto procedía de más arriba que de la Prefectura.

Cosa curiosa y misterio de los caminos de Dios ... Después de haberse salvado de mil peligros durante los días más sombríos de la Revolución, el P. de Clorivière iba a ser encarcelado durante cinco años por una vaga sospecha de complicidad con Carbon y Codoudal. El Señor quería sin duda esa prueba, esta pesada cruz, para permitir a su siervo reflexionar mejor y rezar en la soledad y la penitencia, para la mejor organización de las dos Sociedades y su gobierno. Quizá se acordaría entonces de lo que el bienaventurado P. de La Colombière escribió en su "Retiro espiritual", que él "consideraría y estimaría como un gran favor una prisión perpetua que le hiciera escapar de los peligros del mundo y le permitiera vivir una vida interior más recogida". En todo caso el P. de Clorivière aceptó esta cruz como de la mano de Dios con calma, en paz, y con la mayor generosidad.

Las dos Sociedades quedaron consternadas al conocer la prisión de su Superior y venerado Padre, pero la más afligida fue Mlle. de Cicé que vivía continuamente de las instrucciones, consejos y ánimo de aquel guía incomparable que tan bien conocía su alma, sus aspiraciones y sus necesidades.

El P. de Clorivière primero fue conducido a la Conciergerie, luego a la Force, y desde allí, después de una corta estancia, al Temple, esa vieja morada que había visto tantos proscritos, tantos dolores, tantas lágrimas, tanto heroísmo también, que había oído al carcelero llamar a los más hermosos nombres de Francia, comenzando por los del rey y la familia real, para ir al patíbulo ... ¡Cuántas reflexiones le debían sugerir aquellos lugares!

Le escribía a Mlle. de Cicé: "Esta cruz nos es común, recibámosla de las manos de nuestro Padre ... El divino Maestro de los elegidos parecía que sucumbiría bajo los golpes de sus enemigos; éstos triunfaron; sus amigos lloraron. Pero pareciendo sucumbir Él entró en su gloria, derribó a sus enemigos y los pisoteó para siempre con sus pies. Cuando seamos tratados de la misma manera ¿tendremos que quejarnos? ¿Puede haber, incluso en el cielo, una suerte más honrosa que parecernos a Jesús sufriente y humillado? ... Ruego al Señor que mire con benevolencia a su pequeño rebaño. Pero yo no querría permitirme tener ninguna inquietud en cuanto a él ... Es la obra de Dios: Él no tiene necesidad de un brazo de carne para sostenerla y hacerla fructificar... No se preocupe por mí: esa inquietud sería una falta de confianza y de fe que tendría que reprocharse ante Dios ... ¿No sabemos que cuando

queremos hacer algo grande por Dios tenemos que esperar sufrir mucho? ¿Se pueden atacar los vicios, arrancar a las almas de la corrupción del mundo, llevarlas a la perfección, sin encender contra sí toda la rabia del infierno?”

En cuanto conoció el encarcelamiento del P. de Clorivière Mlle. de Cicé reunió a su Consejo, dio instrucciones precisas y designó a Mme. de Carcado para establecer y garantizar las relaciones con el venerado prisionero. En cuanto a ella la prudencia le recomendaba no aparecer por el Temple. Pero desde su retiro hará todo lo que pueda para aliviar la suerte del prisionero y conseguir lo antes posible su liberación. Enferma y muy debilitada cuando fueron a registrar su casa, recuperó de repente un nuevo vigor cuando conoció el arresto y encarcelamiento del P. de Clorivière.

Su papel también se hizo más extenso, pues tuvo que ocuparse de las dos Sociedades en ausencia del Padre Fundador. Éste le escribe: “Mi querida hija, Vd. se manifiesta también como digna Madre de una y otra Sociedad, y bendigo a Dios de todo corazón por haberme dado una cooperadora tan buena.”

Mlle. de Cicé sabe bien que la mayor privación del sacerdote prisionero será no poder celebrar la santa Misa ni comulgar. Así que se ingenia para hacerle llegar secretamente el santo viático.

Mme. de Carcado, acompañada de Mlle. Anger o de otra, hace regularmente el largo camino que conduce desde la calle de Mézières hasta el recinto del Temple, caminando en silencio y adorando en su corazón. El sencillo cesto que llevan por turno es efectivamente un sagrario. Bajo una primera capa de diversas provisiones hay una cajita que contiene hostias consagradas. El precioso envoltorio no se puede entregar directamente a su destinatario, pero el carcelero, M. Fauconnier, es un hombre valiente que no quiere entorpecer las relaciones que pacifican a sus huéspedes ... Así la Providencia permitió que durante cinco años el P. de Clorivière pudiera recibir el Pan de los fuertes sin ningún incidente ni accidente molesto.

El Santo Padre Pio VII estaba en París los últimos días de 1804. Mlle. de Cicé, esperando que unas palabras del Papa conseguirían la liberación del P. de Clorivière había preparado una súplica urgente para pedir ese favor, pero el Padre no aprobó la redacción que era demasiado elogiosa para él y por otro lado temía exponer al Santo Padre a una

negativa por parte del Emperador. Pero él mismo redactó una Memoria en latín que Mons. de Namur tenía que entregarle al Papa.

En ella expone con filial franqueza y absoluta sencillez el estado de las dos Sociedades desde la primera aprobación verbal dada en Roma y acaba diciendo: “Ahora que Vuestra Santidad disponga de estas dos Sociedades recién nacidas como le agrade, como quiera. Me someteré de buena gana a todo; con la ayuda de Dios espero hacerlo siempre y lo prometo”.

Pío VII se dignó acoger favorablemente esta memoria y confió al Obispo de Namur que él renovaba y confirmaba los favores concedidos anteriormente en Roma a las dos Sociedades. La misma Mlle. de Cicé fue admitida en audiencia junto al Santo Padre, presentada por Mons. Pisani, que les servía de intérprete. Incluso tuvo el privilegio de asistir a la Misa del Soberano Pontífice y pudo entregarle una corta carta en latín en la que el P. de Clorivière expresaba su agradecimiento.

Sin embargo, Pío VII le había pedido al Emperador la liberación del santo anciano, y no pudo conseguirla. El Padre había dicho: “No son los hombres, es Dios quien me retiene aquí. Él me liberará cuando le agrade”.

Pasa el tiempo y el P. de Clorivière puede escribirle a uno de sus colegas: “Estos meses me han parecido cortos; no han hecho más que aumentar mi paz y mi confianza; no he estado ocioso y el Señor se ha dignado hacer algún bien por mi ministerio”.

A las horas en que se abre la puerta para el paseo, bajo la mirada de un carcelero bonachón, el P. de Clorivière, conversador agradable, sabe interesar, distraer y consolar a sus compañeros de penas. Les admira por su serenidad y su buen humor. Parece tan contento como si estuviera allí por su elección. Los abre a miras más altas, a verdades demasiado olvidadas o quizá nunca bien comprendidas hasta entonces. Los patios del Temple y los viejos árboles asisten así a muchas confidencias y Mlle. de Cicé tiene que colaborar. Hacen falta oraciones, crucifijos, medallas, libros. Un día él le escribe a propósito de una de sus conquistas: “Las cosas van de maravilla e incluso más allá de lo que yo esperaba. Me parece que Dios interviene en ello de un modo muy particular, tan grande y sutil ha sido el cambio en la persona. Lo que parecía casi imposible hace pocos días, ahora le parece fácil. Sólo Dios puede realizar estas cosas, el hombre no interviene para nada en ellas. Démosle muchas gracias y también a su Santa Madre que nos ha conseguido este favor.”

En la primavera de 1805 en un paquete de cartas que se le ha pasado, encuentra una que conmueve profundamente su corazón. Es la Compañía de Jesús que le devuelve la plenitud de su vida religiosa. El P. Lustyg, Vicario General de la Compañía retirado en Rusia, lo agregaba a esa Provincia sin que tuviera que dejar Francia por eso; su obra de las dos Sociedades estaba aprobada y a él se le animaba a continuarla como siendo obra de Dios.

Sin embargo, pasaban los años y las puertas del Temple no se abrían. Se hicieron muchas gestiones para conseguir la liberación del Padre, pero siempre sin resultado. Una de sus sobrinas, Mme. d'Allerac no tiene miedo de ir directamente al mismo Ministro de la policía, pero Fouché la despide bruscamente y la reenvía a Real, Consejero de Estado encargado de la seguridad del Imperio, que responde brutalmente: "Sí, está en el Temple y allí se quedará, es un viejo loco ¡Él cantaría! ¿De quién, pues, se puede temer que hable el prisionero? ... A este propósito se ha hecho alusión a un asesinato en el Temple, cuya historia se quería ahogar. Pero eso no justificaba el insolente exabrupto, ni sobre todo una detención injusta mantenida con obstinación. Cuando esa sobrina fue a contarle la historia, el tío se contentó con responder sonriendo: "¡No tan loco como él, sobrina, no tan loco como él!"

A los huéspedes del Temple, presos políticos, el Estado sólo les ofrecía el lugar de internamiento. Tenían que proveer por sí mismos a su subsistencia. Un comerciante de la vecindad les vendía "a veinte céntimos por cabeza y de modo bastante aceptable", decía el Padre al hablar de él y de uno de sus compañeros de cautividad que estuvo algún tiempo con él, M. de La Rouzière, amigo de Mme. de Saisseval. A medio día comían juntos, y por la tarde un trozo de pan y queso bastaba para el P. de Clorivière. El jueves llegaba un cesto cuyo contenido el Padre tenía que limitar y garantizar el pago, pero sin embargo se mezclaban algunos excesos a veces abundantes. Mlle. de Cicé, principal culpable, era reprendida. "Dios no me ha colocado aquí para comer bien sino para hacer penitencia, de lo que tengo mucha necesidad" y le preguntaba amablemente si ella no tenía que reprocharse ante Dios impedir esta necesaria penitencia.

El 25 de enero de 1808 Mme. de Carcado sucumbía, derribada por una pulmonía doble. Su desaparición era una dura prueba para la Sociedad donde dejaba un gran vacío. El P. de Clorivière le escribe inmediatamente a Mlle. de Cicé: "Mi primera preocupación debe ser

consolarla y en Vd. a toda la familia afligida. Pero ¿cómo lo haré si yo mismo estoy afectado por este golpe? Comprendo su dolor por el mío, que es grande... Pero permanezcamos conformes con la voluntad divina: Nos queda Dios y su Santa Madre”.

Mme. de Carcado fue sustituida en su cargo por Mlle. d’Acosta, de una discreta abnegación, prudente y generosa. En cuanto las visitas al Temple le correspondieron a Mme. de Saisseval, que consiguió las autorizaciones necesarias para hacerlas. Pero he aquí que parecía anunciarse una nueva prueba: Se había decidido la demolición del Temple y había que trasladar a los prisioneros de la Torre al torreón de Vincennes.

El P. de Clorivière escribía el 3 de abril de 1808: “Nuestro traslado no está lejos. Se asegura que tiene que ser el 20 de este mes. Sin duda tendrá muchos inconvenientes para nosotros, nuestras comunicaciones no podrán ser ya las mismas, pero Dios lo quiere. ¿No tenemos que considerarnos felices por tener algo que ofrecerle?” e invita a Mlle. de Cicé y a sus hijas a repetir esta oración que él reza todos los días: “Señor, te doy la más humilde acción de gracias por esta cruz preciosa que me has enviado en tu gran misericordia, y te pido gracia abundante para llevarla con alegría. Por Jesucristo N. S. Amen”

Pero la Providencia vigila y permite que algunas gestiones terminasen haciendo que se evitase el torreón de Vincennes. En efecto, el anciano prisionero es trasladado a una casa de salud dirigida por el Doctor Dubuisson, donde están los enfermos mentales, cuyo ambiente no tiene nada de agradable, pero allí hay una antigua capilla que se va a poder arreglar y permitir al P. de Clorivière por fin subir al altar después de largos años de prisión ...

El Doctor, primero reservado y reticente, muy pronto es ganado por la cortesía y la dulzura de su nuevo residente. Se convierte en amigo e incluso discípulo del Padre, que endereza poco a poco sus ideas jansenistas y tiene la alegría de verlo asistir a su Misa y a veces comulgar en ella. Las relaciones exteriores se hacen más fáciles y por fin Mlle. de Cicé puede ir ella misma a ver al Padre de su alma y de la Sociedad. En las altas esferas han acabado por pensar que aquel anciano apacible y dulce no es peligroso y apenas puede ejercer influencia y se decide su liberación. El Cielo iba a demostrar por el contrario que aquel anciano podía hacer grandes cosas todavía ...

El 11 de abril de 1809 Mme. de Saisseval y Mlle. d'Acosta van a la Casa Dubuison para buscar al antiguo prisionero. No lo encuentran en su habitación. Está en la capilla, arrodillado según su costumbre en las gradas del altar. Es allí donde recibe de manos del Director y dando gracias al Señor, el acta que lo libera. Coge las manos del buen doctor para agradecerle los cuidados y tiene que defenderse de las manifestaciones de todos los pobres enfermos cuyo corazón se ha ganado y que lloran al ver partir a su consolador. Allí hay un coche. Con un gesto al mismo tiempo amable y autoritario hace subir al fondo a Mme. de Saisseval y Mlle. d'Acosta y se sienta frente a ellas. Después de un momento de silencio y recogimiento les dice: “¡Qué alma tan santa les ha dado por madre el Cielo! Han ganado viviendo estos años bajo su dirección mejor que bajo la mía. ¡Cuánto agradecimiento debo a su valiente discreción, que ha preservado mi vida con riesgo de la suya!”

Mlle. de Cicé lo esperaba acompañada de sus hijas, muy conmovidas. En cuanto llegó se pusieron de rodillas para recibir su bendición tanto tiempo deseada. El Padre que sentía una visible emoción trata de resistir para dominarla. Rechaza un sillón que le ofrecen y una alfombrilla que le habían preparado. Coge una silla y se sienta en medio de sus hijas para hablarles de las cosas de Dios.

El P. de Clorivière ocupa a partir de entonces un pequeño apartamento en los locales de la antigua casa de los carmelitas donde unos “Cardenales negros”, entre otros Mons. di Pietro y el P. Fontana, habían encontrado asilo contra la cólera y las persecuciones de Napoleón, gracias a la generosidad de Mme. de Soyecourt, la antigua priora, también sospechosa.

Al P. de Clorivière al acabar su reclusión se le habían manifestado unas cataratas, pero había conservado una salud robusta y un celo ardiente y generoso. Lo llaman de varios lugares, de Rouen, de Chartres, de Évreux, y contesta de buena gana a esas invitaciones.

El 17 de marzo de 1813 le reserva un gran consuelo: una audiencia privada del Santo Padre Pío VII, entonces exilado en Fontainebleau, y por tercera vez el Vicario de Cristo aprueba y bendice la obra de las dos Sociedades.

EL P. DE CLORIVIÈRE AUTOR DE CARTAS.

La correspondencia del P. de Clorivière con Mlle. de Cicé comienza en Dinan en 1787, con ocasión de la vocación de ésta, cuando todavía residía habitualmente en Rennes. Pero es sobre todo durante el largo encarcelamiento del Padre en el Temple cuando se multiplican sus cartas. Su recopilación completa consta hoy de dos gruesos volúmenes.

Esta correspondencia hace pensar en la de san Francisco de Sales y santa Juana de Chantal, aunque menos adornada, con menos imágenes, menos amable. El estilo a veces es un poco pesado, con frases demasiado largas, repeticiones, hasta incorrecciones gramaticales. Pero en el fondo está la misma bondad paternal, incansable, comprensiva y caritativa. El tono es más grave, como corresponde a lo trágico de las circunstancias. A veces incluso roza con lo sublime, como cuando el P. de Clorivière escribe el 30 de abril de 1791: "Ha llegado el momento de emprender algo grande por el Señor ... Hay que salvar del naufragio con nosotros la mayoría de personas que podamos ... Dilate su corazón. Deseo hacerlo todo, ofrecerlo todo para ganar algunas almas para Jesucristo".

Mlle. de Cicé es generosa e incluso heroica, vibra ante esa llamada y quiere responder a ella plenamente. Pero también tiene un alma muy sensible, valiente en un cuerpo frágil, en consecuencia, de modo natural accesible a las impresiones y tentaciones de temor y desaliento, alternando con impulsos más profundos de valentía y confianza. Es admirable ver con qué suavidad, qué paciencia, qué solicitud, qué comprensión, su Padre espiritual se acerca a sus inquietudes y preocupaciones y con qué lucidez descubre el juego del Maligno o simplemente del amor propio, y con qué fuerza endereza, levanta y lanza a la formadora hacia su ideal.

Humildad, confianza, abandono, son las palabras que con más frecuencia vienen a la pluma del prudente director, enemigo de las exageraciones, que quiere evitar lo excesivo en todo y mantener al alma en el sólido equilibrio del justo medio.

El 8 de junio de 1791 escribe: "Pórtese Vd. con Dios que le ha dado tantas señales de su amor, con la confianza y el candor de una hija ... El amor y la confianza deben desterrar de Vd. la inquietud y el miedo ... Es lo que el Señor espera de Vd., es algo demasiado grande para que pueda

apoyarse sólo en sí misma ... Los instrumentos más débiles se hacen fuertes cuando están en una mano omnipotente. No se fije en Vd. y ponga los ojos sólo en aquel del que espera la fortaleza y la salvación ...”

La lección se repite, pero en un tono más o menos elevado según las circunstancias. Lo pintoresco es raro, pero cuando la ocasión se presta a ello, el P. de Clorivière sabe contar sus aventuras. El 6 de febrero de 1803 está en Provenza con el P. Perrin para dar unos ejercicios. Le escribe a Mlle. de Cicé:” Hemos salido de Aix a caballo con un tiempo muy hermoso pero muy frío; el viento se ha ido levantando y al fin se ha convertido en una borrasca espantosa. Mi compañero había perdido sus estribos y se había quedado atrás; yo había tomado la delantera con mi jaca, pero la tormenta y el frío iban creciendo. Pasé todas las penas del mundo para mantenerme a caballo; el pobre animal tenía también mucha dificultad para dar un paso; en fin, más muerto que vivo llegué a Palivaux, a una legua de Salon. Un poco después el P. Perrin llegó al mismo albergue. Nos marchamos creyendo que el tiempo se había calmado un poco. Nosotros íbamos a pie y seguíamos a nuestros caballos que iban ante nosotros; la tempestad duraba todavía y teníamos mucha dificultad en soportarla, así como el frío. Para aumento de infortunio el viento se llevó mi sombrero por dos veces y lo habría perdido definitivamente si mi compañero, con mucho trabajo, no hubiera corrido detrás de él y lo hubiera atrapado, mientras que por mi parte, con la cabeza descubierta, hacía lo más que podía para retener los caballos ... Llegados a Salon, nos albergamos allí y fuimos tratados de maravilla por el anciano párroco”.

El 23 de septiembre de 1803 anota con humor este encuentro imprevisto: “Ayer por la noche cené en mi casa con un jefe de los mamelucos que iba a Marsella para recoger una persona que tiene que conducir al sur de Inglaterra que dice él que debe estar muy cerca. Estropea el francés muy descaradamente y se le entiende mejor o peor”.

El 5 de mayo de 1804, recién encarcelado, le escribe el 13 a una “tal Adela” “que no se inquiete por mí ... ¿No estamos en las manos de Dios? ¿No sabemos que cuando se quiere hacer algo grande por Dios se puede esperar sufrir mucho? ¿Se puede atacar a los vicios, arrancar a las almas de la corrupción del mundo, llevarlas a la perfección, sin encender contra sí toda la rabia del infierno? He aquí la parte de los hijos de Dios, de los discípulos de Jesucristo. Es lo que les prometió el divino Maestro; es entonces cuando deben estremecerse de alegría”.

Esta carta nos hace pensar en la famosa carta de san Ignacio de Antioquía, exultante de gozo al pensar que iba a ser entregado a las fieras por Cristo en el circo de Roma

Lo que el P. de Clorivière predica a los demás él es el primero en practicarlo. Con la mayor humildad y serenidad acepta su injusto encarcelamiento, como una Cruz que procede directamente de las manos de Dios.

En septiembre de 1804 escribe: “Aquí vivo muy tranquilo y muy contento de todo, porque en todo veo el cumplimiento de la voluntad de nuestro buen Maestro. Quiera Dios que no miremos de otro modo todo lo que nos ocurra y sobre todo las penas que Dios nos envía de cualquier naturaleza que sean, y las que puedan ser consecuencia de ellas para nosotros o para los demás. Digamos siempre: ¡*O bona Crux!* El Fiat debe ser de todos los momentos”.

Está agradecido por las muchas gestiones que se están haciendo para su libertad, pero apenas cree en su éxito. Escribe el “2 de enero de 1805: Todavía veo, querida hija mía, que hay que esperar con paciencia el momento que el Señor ha señalado para mi liberación. ¡Tengamos paciencia! El Señor sabe mejor que nosotros el momento más conveniente. Pero no se pierde nada en esperar con El, y aunque El retrase mucho el momento de concedernos lo que le pedimos con insistencia, pero con resignación, Él lo concede después de una manera que compensa sobradamente del retraso ... En cuanto a mí puedo asegurarle que no tengo ningún trabajo en conformar en todo mi voluntad con la suya ...”

El P. de Clorivière sin preocuparse por él piensa en los demás y continúa interesándose por sus hijos de la Sociedad del Corazón de Jesús y sus hijas de la Sociedad del Corazón de María y en dirigirlas sobre todo por intermedio de Mlle. de Cicé bendiciendo a Dios por haber encontrado en ella semejante cooperadora.

Él habla lo menos posible de él mismo y de su salud, de un septuagenario que sin embargo se resiente de la edad y la cautividad; sólo dice justo lo suficiente para tranquilizar una solicitud filial. Pero hay una rúbrica que nunca se descuida. Es agradecer por las provisiones fielmente enviadas. A las gracias que se repiten hay que añadir una apreciación. Pero para juzgar de un paté de perdiz o para decidir que tal vino es de San Emilien o de otra cosecha, el Padre tiene que recurrir a algún compañero de infortunio mejor informado ... ¿No le ocurre que

confunde la gelatina de manzana con la miel?” Sin embargo, como buen “maluino” parece que conoce mejor el pescado. Reconoce muy pronto el lenguado, el rodaballo o el salmón, pero su preferencia es el bacalao, plato de pobre”.

Estos detalles familiares no son inútiles. Nos dan “un conocimiento más completo, más humano, más sabroso, de un campeón del ideal religioso, de un apóstol celoso hasta el heroísmo, de un Director tan prudente como bueno, y de un genial iniciador plenamente fiel sin embargo a las tradiciones de su Orden ...”

(P. d’Hérrouville, Prefacio a las Cartas)

EL P. DE CLORIVIÈRE Y LA RESTAURACIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN FRANCIA (1814-1820)

El P. de Clorivière había sufrido profundamente por la supresión de la Compañía de Jesús, como un buen hijo sufre por la muerte de su madre; pero siempre había conservado la esperanza de que un día sería restablecida e incluso el presentimiento de que él podría participar de alguna manera en esa gran obra. ¿No le hacía oír el Señor secretamente que Él lo reservaba para grandes cosas, a pesar, o incluso a causa de su debilidad y sus miserias?

En cuanto supo que el P. Carroll, su antiguo compañero de noviciado y amigo, reclutaba en América antiguos jesuitas para la evangelización de Maryland, creyó que había llegado la ocasión de ir a Canadá, como tan a menudo y tan ardientemente había deseado, e inmediatamente escribió al P. Carroll para rogarle que tuviera a bien aceptarlo entre sus misioneros. Al mismo tiempo abrigaba la esperanza de que el grupo del P. Carroll podría resucitar la Compañía. Esta carta jamás llegó a su destino, Dios sabe por qué.

En este intervalo, el 19 de julio, el P. de Clorivière tuvo una primera inspiración verdaderamente divina como hemos visto. Fundación de una Congregación para hombres de una forma completamente nueva, sin hábito, sin clausura, sin Oficio divino, pero con los tres votos públicos de pobreza, castidad y obediencia, la Regla de San Ignacio adaptada a las circunstancias presentes; agrupación religiosa destinada a hacer revivir en los tiempos azarosos de la Revolución, el espíritu y las virtudes de los primeros cristianos en un ambiente pagano.

Un poco más tarde la misma inspiración para una Orden análoga de mujeres, para la fundación de la cual la Providencia le había enviado al P. de Clorivière una penitente muy apta, Mlle. Adelaida de Cicé.

Sin embargo, los progresos de la Revolución hacían casi imposible el ejercicio de la actividad apostólica en Francia. El P. de Clorivière piensa entonces más que nunca en pasar a América con Mlle. de Cicé; pero consultado Monseñor de Pressigny claramente fue de la opinión de que había que quedarse y trabajar en Francia para salvar lo que todavía se podía salvar. El P. de Clorivière y Mlle. de Cicé opinaron así también y ya sabemos en medio de qué dificultades, con qué valor, qué celo, qué tenacidad, fundaron y dirigieron las dos Sociedades: de los sacerdotes del

Sagrado Corazón y de las Hijas del Corazón de María. Pero el Padre en el fondo de su corazón esperaba siempre que en la rama de los sacerdotes del Sagrado Corazón se podría injertar un brote de los Padres de la Compañía de Jesús.

Por una de esas paradojas con las que a veces la Providencia se complace intervenir la zarina Catalina II, cismática, no quiso proclamar en sus Estados el Breve de supresión de la Compañía y permitió de esta manera a un pequeño grupo de jesuitas subsistir contra todo en Rusia.

El P. de Clorivière estando todavía en la cárcel había hecho llegar al Reverendo P. Grüber, General de la Compañía, su deseo de unirse a los Padres de Rusia en cuanto fuera posible, y el P. Grüber le había respondido que se le consideraría como incorporado a aquella comunidad sin que tuviera necesidad de dejar Francia, lo que le había consolado mucho. En cuanto recobró la libertad se ofreció de nuevo para ir a Rusia. El P. Brzozowski que había sucedido al P. Grüber le pidió por el contrario que se quedase en Francia para preparar allí la restauración de la Compañía. Efectivamente había rumores en Roma de ese restablecimiento que varios jefes de Estado pedían, como el duque de Parma y el rey de Nápoles.

De hecho, el 7 de agosto de 1814, el Papa Pío VII, por la Bula “Sollicitudo omnium Ecclesiarum” restauraba la Compañía de Jesús en el mundo entero. ¡Qué inmensa alegría para todos los antiguos jesuitas que soñaban con esa resurrección y en particular para el P. de Clorivière! Él, que siempre había conservado tan vivo el recuerdo y una firme esperanza, ahora veía realizarse lo que el Espíritu Santo le había hecho presentir, puesto que él iba a tomar parte en la restauración.

Él le había escrito al P. General: “Ordene, reverendo Padre, ordene: todas las fuerzas que tengo son tuyas, en cualquier lugar del mundo; incluso quiero hacer más de lo posible; la obediencia multiplicará mis fuerzas; la confianza aumentará mi valor; Dios me dará el poder; lo que yo no pueda por mí mismo lo podré por medio de otros. Si se hace aquí según nuestros deseos, no pido, no ambiciono, más que un rincón donde pueda morir oculto y desconocido”.

En su respuesta el P. Brzozowski, lejos de aceptar los sentimientos de humildad del santo anciano, por el contrario, le encargaba preparar el camino para el próximo restablecimiento de la Compañía en Francia y le autorizaba para recibir novicios, confiriéndole el título y los poderes de Superior.

El P. de Clorivière tenía entonces 80 años. Durante seis años iba a desplegar una actividad extraordinaria, de una intensidad y una fecundidad prodigiosa, se podría decir milagrosa.

Su primera preocupación fue reunir cerca de él al mayor número posible de antiguos jesuitas. En seguida pensó en su querido amigo el P. Fleury, que seguía en Inglaterra, pero que envejecido y cansado no pudo responder a la llamada. Al Provincial de Inglaterra le pidió los padres Fontaine y Simpson, pero éstos tardaron en acudir. La Provincia le envió entonces al P. Varin, antiguo oficial del ejército de Condé, Superior general de una Sociedad del Corazón de Jesús fundada por el santo P. de Tournély, con miras de levantar la Orden de San Ignacio, pero que ya no tenía objeto, puesto que renacía la Compañía.

El P. Varin condujo con él a tres compañeros de valor, los padres Roger, Boissard y Jennesseaux.

El P. de Clorivière los examinó e inmediatamente los admitió para comenzar su noviciado. Llegaron otros, entre ellos los padres Ronsin, Loriquet, Béquet, Coulon, y para el 31 de julio de 1814, fiesta de San Ignacio, eran doce, diez sacerdotes y dos hermanos coadjutores, rebaño pequeño pero una gran esperanza. A finales de 1814 los nuevos jesuitas ya eran sesenta, entre ellos los padres Sellier, Debussy, Guidée, Gloriot, Gory, nombres todos destacados.

Hacía falta una casa para reunir aquel reclutamiento y organizar los ejercicios de una vida religiosa verdadera según el Instituto de la Compañía. El P. de Clorivière se dirigió a las religiosas de la Visitación que habían comprado en la calle de Postes nº 20 el inmueble ocupado antes de la Revolución por los Padres Eudistas. Las hijas de santa Chantal se apresuraron a ofrecer al P. de Clorivière un gran alojamiento separado de sus habitaciones por un pequeño patio y ésa fue la primera cuna y como la Casa-Madre de todas las casas de la Compañía que surgieron entonces por todas partes en Francia.

Los novicios recientes eran en su mayoría hombres de edad madura, que habían tenido responsabilidades importantes. Para formarlos hacía falta mucho tacto y prudencia al mismo tiempo que firmeza. El P. de Clorivière se mostró a la altura de esta tarea.

Tuvo empeño en dar él mismo los Ejercicios de 30 días que es la prueba capital del noviciado. El 4 de enero de 1815 comenzaron los Ejercicios con treinta sacerdotes escolásticos y dos hermanos

coadjutores. A la vista de una reunión tan nutrida el P. de Clorivière siente multiplicarse sus fuerzas. Hablaba tres veces al día con una animación asombrosa en un anciano, y bastante largamente, pues tenía mucho que enseñarles en poco tiempo. El P. Cuenet, Maestro de Novicios auxiliar, traza en algunas líneas el cuadro que tiene ante sus ojos:

“Reinan aquí la mayor puntualidad, el más vivo fervor. Y el buen anciano que se rejuvenece, teniendo una actividad constante desde las tres de la mañana hasta las seis de la tarde, y nuestros Padres antiguos que disputan a los jóvenes las penitencias, las humillaciones, ¡qué espectáculo!

Haciendo la función de Maestro de Novicios el P. de Clorivière también tenía que hacer la de Provincial, y responder a las peticiones de varios Obispos y de muchas ciudades que recordando el éxito especial de los jesuitas en la educación de la juventud deseaban tener Padres para sus Seminarios Menores o Colegios.

A pesar del escaso número de los obreros, el P. de Clorivière pudo abrir casas en Saint-Acheul, Burdeos, Montmorillon, Soissons, Saite-Anne-d’Auray, Forcalquier. Pero no podía indefinidamente bastar para una tarea tan abrumadora. Con insistencia le pedía ayuda al P. General Brzozowski. Éste no pudo enviarle más que dos ayudas en mayo de 1816, los PP. Folloppe y de Grivel. Pero Padres ya formados como el P. Varin, el P. Gury, el P. Loriquet, eran buenos auxiliares. El P. de Clorivière aprovechó para visitar las casas recientemente fundadas de Saint-Acheul y Soissons, donde él mismo dio los ejercicios del retiro, y con el P. Varin y el hermano coadjutor Mallet visitó también Burdeos, Montmorillon, Saint-Anne-d’Auray, Laval. “Confieso, escribe Mlle. de Cicé, que yo temblaba viéndolo marcharse a su edad, en esta estación y casi ciego. La obediencia lo sostuvo, ordinariamente hizo milagros con él.”

Este robustecimiento de actividad a los 88 años cumplidos era en efecto un verdadero milagro, tanto más cuanto que el P. de Clorivière, además de los asuntos de la Compañía de Jesús seguía dirigiendo las dos Sociedades de los Sacerdotes del Sagrado Corazón y de las Hijas del Corazón de María.

En 1818 la Compañía tenía en Francia 145 miembros, 75 sacerdotes, 26 escolásticos, 44 hermanos coadjutores distribuidos en cinco colegios y dos residencias. Era un hermoso punto de partida.

Sin embargo, el P. de Clorivière había perdido la vista casi por completo; ya no podía leer ni escribir; oía mal; su memoria se debilitaba, y llegaba el momento de retirarse.

El P. Brzozowski le escribía: “Me alegra mucho que el P. de Grivel haya llevado a Francia al P. Simpson. Esto me da la ocasión de satisfacer el deseo que me ha manifestado Vd. de poder, después de tantas penas y trabajos, tomar algún descanso. El P. Simpson es un hombre con méritos. Yo creo, pues, poder confiarle sin miedo la continuación de la obra que Vd. ha comenzado muy bien. Yo le libero, pues, del peso que con tanto valor ha llevado manifestándole todo mi agradecimiento y el de la Compañía. Espero que Vd. le ayude al nuevo Superior con sus luces. Así no dejará Vd. de ser útil a la Compañía y adquirirá nuevos méritos que agradecerle”.

Liberado del gobierno y de la preocupación de los asuntos temporales el P. de Clorivière iba a entrar en una vida tranquila y solitaria. Pero ya sabía desde su escondite bajo el Terror y su celda en el Temple vivir solo con Dios por medio de una vida de oración continua, una verdadera vida contemplativa. Privado de la vista estaba privado también del rezo del breviario y lo suplía por el rezo de tres rosarios por lo menos que desgranaba a menudo caminando de un lado a otro en su habitación. Un sacrificio aún más sentido era el de la Santa Misa, que no podía celebrar. Pero por lo menos podía comulgar todos los días con el mayor fervor. Levantado a las 3 de la mañana rezaba hasta las 5 y media, hora de la Misa de la comunidad. Amigo de la pobreza y de la puntualidad no quería nada especial en su habitación. Mlle. de Cicé un día le envió una poltrona y un canapé; él no quiso aceptar esos objetos y los rechazó, incluso con cierta brusquedad, casi con indignación – destello edificante, pero que también demuestra la aspereza de su temperamento.

Tampoco quería nada especial en el refectorio y recurría lo menos posible al Hermano Fallet que estaba encargado de cuidarlo.

Nunca quería calefacción en su habitación, ni siquiera durante el frío más riguroso. Sin embargo, su mortificación no tenía nada de triste ni de austero: en los recreos charlaba con mucha finura y buen humor. Tenía muchas cosas que decir y las decía agradablemente. Los Padres jóvenes, como el P. Fouillot y el P. Délaisir, iban cada uno una hora para hacerle la lectura todos los días. Con frecuencia se elegía su obra sobre el Apocalipsis o su Comentario de la Epístola de san Pedro, y acabada la lectura contestaba a las preguntas que le planteaban con claridad y

animación. Su memoria estaba debilitada para las cosas ordinarias y profanas, que olvidaba inmediatamente, pero conservaba muy vivos y precisos sus recuerdos de la Sagrada Escritura y de las cosas espirituales.

´Había unido a una cadenilla sujeta a su dedo por un anillo un pequeño crucifijo y una estatuilla de la Madre de Dios y no se separaba de día ni de noche de esos queridos objetos, resumen y memorial siempre presente de lo que más amaba en este mundo.

El P. Simpson le había confiado el cargo de Padre espiritual de la casa con el cuidado en consecuencia de dirigir de vez en cuando algunas palabras edificantes a la Comunidad y para ese ministerio el santo anciano siempre estaba dispuesto, no teniendo más que dar de la abundancia de su corazón, de su piedad y de su experiencia.

Siempre se ocupaba de las Hijas del Corazón de María y, en 1818, afrontó una nueva edición de las Reglas y Constituciones de sus Sociedades.

El mismo año de 1818 le sobrevino un gran duelo. El 26 de abril, a las cuatro de la mañana, en la paz del Señor y ante el sagrario se apagaba Madre de Cicé, que había sido su hija espiritual, su admirable y fiel colaboradora en la fundación, el desarrollo y la dirección de la gran obra de la Sociedad de las Hijas del Corazón de María, como ya hemos visto anteriormente. Una larga enfermedad de quince meses le puso el último sello a la virtud de la Fundadora, acabando de embellecer su corona. Acabó con una infección de la vesícula cuyos ataques le dejaron once días de sufrimiento. Acostumbrada a ver a Dios en todas las cosas recibió de su mano la enfermedad como habría recibido la salud, con un formidable espíritu de fe. Las palabras de san Juan reconociendo a su Maestro a la orilla del lago de Tiberíades, después de la pesca milagrosa, estaban continuamente en sus labios: “Es Dios: es el Señor”. Cuando se le daba alguna medicina amarga y repugnante: “Es el Señor”, decía aceptándola con alegría.

El P. de Clorivière se hizo conducir cerca de la querida y santa enferma, pero ciego y sordo, no tuvo el consuelo de oír su última confesión y darle el sacramento de la Unción de los enfermos. Fue el P. Desjardins, párroco de las Misiones extranjeras, quien lo hizo.

El piso de la fallecida tenía una tribuna frente al Stmo. Sacramento. Allí pasaba ella largas horas, de día y por la noche, durante sus dolorosos

insomnios, en una contemplación silenciosa, profunda y enamorada.” Se puede adivinar, había dicho ella en Dinan, la necesidad extrema que tengo de pasar el máximo de tiempo posible ante el Stmo. Sacramento”.

Por fin llegó la hora en que todos los velos iban a caer y en que aquella a la que el P. Boursoul ya había llamado” un serafín de amor “ iba a reunirse con los Espíritus bienaventurados en el cara a cara divino y la felicidad sin fin. Era el sábado 26 de abril de 1818. Madre de Ciché, siempre dueña de sí misma, seguía con piedad las oraciones de los agonizantes que se recitaban junto a ella y entregó apaciblemente su alma tan pura en manos de su Creador.

Al P. de Clorivière le afectó profundamente esta muerte, pero aceptó la prueba con su resignación habitual y total conformidad con la voluntad de Dios. Por otra parte, también para él había llegado la hora de recibir la recompensa de sus trabajos y sufrimientos. Cuando estaba prisionero en el Temple le había escrito a una de sus hijas que había manifestado el deseo de recibir de su mano una carta que pudiera considerar como su testamento: “Esta idea me agrada porque me transporta al momento en que nuestra alma, desprendida de las ataduras de este miserable cuerpo, podrá arrojarse libremente en el seno de Dios misericordioso. No es, continuaba, que yo esté disgustado de la vida presente: ella tiene incluso unas ventajas que no nos ofrece la vida futura ...Se puede sufrir en ella a ejemplo de nuestro divino Maestro, adquirir continuamente nuevos méritos, trabajar para ganar algunas almas para Dios. Todas esas cosas son para endulzar un poco la amargura de nuestro exilio”. (21 de mayo de 1807)

Siempre había tenido un gran deseo en su corazón, el de derramar su sangre por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, o bien si no fuera digno del martirio la gracia de poder caer a los pies del altar bajo la mirada del Señor presente en el sagrario.

Más de una vez en la oración y sobre todo en la contemplación de la Pasión, creyó oír una respuesta favorable y su corazón se había estremecido de alegría. En medio de los peligros de la Revolución conservaba esta esperanza. Vio caer en torno a él la cabeza de varios amigos e hijos espirituales suyos, especialmente el P. Cormeaux y la señora de Bassablons. Varias veces la muerte le amenazó de cerca, pero siempre lo protegió la mano de Dios. Por lo menos fue escuchado para la otra forma de muerte que deseaba.

El sábado 8 de enero de 1820 él había tomado su cena habitual, luego pasó el recreo con la comunidad, mostrándose en él muy amable y alegre. Se había confesado con el P. Ronsin, había hecho sus habituales ejercicios de piedad. Al día siguiente, domingo 9 de enero, se levantó como de costumbre un poco antes de las tres y se puso a rezar. A las cuatro fue a la capilla doméstica para hacer su visita al Santísimo. Dos Hermanos que estaban allí notaron que en lugar de ir a colocarse como todos los días en un rincón cerca de la ventana, se arrodillaba en el banco que estaba justo frente al sagrario. Tenía los codos apoyados en la barandilla, con la cabeza entre las manos y rezaba con fervor. Repentinamente hacia las 4 y cuarto los Hermanos oyeron un ruido ligero producido por la estatuilla y el crucifijo que él llevaba siempre en la mano y que habían escapado de sus dedos. El hermano Pélissier se adelantó, creyendo que el Padre quería salir de la capilla. Pero lo vio desplomarse como desvanecido. Ayudado por el otro Hermano colocó al venerado Padre en una silla y fue a avisar al P. Ronsin, que acudió inmediatamente.

El P. de Clorivière respiraba apaciblemente, sus rasgos estaban tranquilos, sus ojos cerrados como si continuase rezando. El P. Ronsin le sugirió actos de fe, de esperanza, de caridad, invocaciones a los santos nombres de Jesús y de María, y le renovó la absolución. Apenas había acabado las palabras del sacramento cuando el santo anciano entregaba su último suspiro, acompañado de sus hermanos e hijos, bajo los ojos de su Señor realmente presente en el sagrario, como él tanto había deseado. El Padre tenía 84 años y seis meses.

“Nadie piensa en llorar, dice el P. de Grinvel; estábamos convencidos de que había volado derecho al Cielo sin pasar por el Purgatorio”.

ORIGINALIDAD DEL PADRE DE CLORIVIÈRE EN SUS FUNDACIONES

El P. de Clorivière, en su doble fundación, es a la vez de un singular atrevimiento y una profunda sabiduría. Lo que ha concebido e instituido es una forma totalmente nueva de vida religiosa, sin hábito especial, sin clausura, incluso para las mujeres, sin rezo del Oficio en el coro, sin ningún signo distintivo. Vida de un contacto más fácil con el mundo y de penetración en todos los ambientes. Vida semejante a la de los primeros cristianos en medios paganos, sin ninguno de los elementos considerados hasta entonces casi como constitutivos del estado religioso.

Pero a la luz de Dios y de los acontecimientos el P. de Clorivière había tenido la genial intuición de que todas las condiciones tradicionales no eran, sin embargo, necesarias, sino accidentales y accesorias y de que en consecuencia se podía prescindir de ellas como requerían las circunstancias presentes. Era modificar profundamente la estructura externa de la vida consagrada. ¡Era una hermosa audacia!

Pero a una audacia así al P. de Clorivière supo añadir una prudente sabiduría, cuidando de conservar celosamente lo esencial de la vida religiosa, es decir, los votos públicos canónicos, reconocidos oficialmente por la Iglesia, de los tres grandes consejos evangélicos indicados por Nuestro Señor como condiciones fundamentales de la vida perfecta.

La manera de observarlos en su integridad se adaptará al nuevo género de vida.

La Pobreza se practicará por medio del total desprendimiento interior y de una estrecha dependencia en el uso. Esta pobreza no será uniforme (pobreza estándar) como pueda serlo en una comunidad de clausura. Será diversa según las diferentes situaciones de los miembros de la Sociedad y por lo tanto será una pobreza más personal, más voluntaria y más meritoria.

La Obediencia no le dejará a cada una más que el “necesario decoro” para vivir según su condición, medida que podrá ser variable en sus aplicaciones concretas, pero que permanecerá igual para todas en lo fundamental.

La Castidad se apoyará en una vida interior profunda, una intimidad continua con Nuestro Señor; de ese recogimiento resultará una guarda de

los sentidos, de la mente y del corazón más exacta, unida a un comportamiento sencillo, amable y prudente.

La vida es común, primero en el sentido general de que no se distingue en lo exterior de las personas prudentes de su condición.

Se puede vivir fuera de la comunidad, en familia, con los deberes normales aceptados voluntariamente; o sola, por razones de salud, de trabajo, de un apostolado especial, a juicio de las Superiores. Esta vida en el exterior no sólo es admitida, sino plenamente conforme con la vocación. Para ser vivida en su plenitud requiere una gran virtud y fortaleza de alma.

Se puede vivir también en comunidad, pues el P. de Clorivière prevé que “la Sociedad tendrá casas comunes” para garantizar la residencia de las Superiores y de las personas con responsabilidades, facilitar las relaciones con ellas y procurarles las ayudas religiosas necesarias: acompañamiento en los retiros, triduos, exhortaciones, albergar ciertas obras y recibir a las HCM de paso, etc. ...

El P. de Clorivière le escribía el 21 de mayo de 1798 a la señora de Goësbriand, entonces postulante:

“Se podrá vivir en familia, sobre todo cuando se esté sujeta por algún deber. Esto es conforme con la naturaleza de la Sociedad, cuyo fin es ofrecer una imagen de la Iglesia naciente, y sabemos que durante muchos siglos no hubo casas destinadas a las personas consagradas a Dios de modo que a las que Él llamaba para practicar los consejos evangélicos tenían que quedarse con sus parientes, como lo hicieron la mayoría de Vírgenes y Mártires de los primeros siglos ...

... Sin embargo, siempre que sea posible se aconsejará preferentemente que se reúnan varias con el fin de apoyarse mutuamente y entregarse con más libertad a los ejercicios de piedad ...

... Incluso habrá en cada localidad que tenga una comunidad, una Casa Común donde se tengan las reuniones en tiempos más tranquilos y donde viva la Superiora con algunas de sus hijas. Allí habrá una residencia, una enfermería, una colección de libros de piedad ...”

Estas casas serán verdaderas casas religiosas con todas sus obligaciones y ventajas: regularidad, silencio, mesa común, mutua edificación. Pero como este género de vida no se diferencia de la que llevan las personas de la misma condición, se produce una diversidad de

formas exteriores: ropa, ocupaciones, reglamento individual, mobiliario, cosas todas que sin embargo se usan generalmente.

En último análisis la vida común se realizará por el vínculo de una fuerte obediencia y una exquisita caridad fraterna.

La Obediencia será ignaciana, estricta y amplia al mismo tiempo, filial, inspirada no por el temor sino por el amor. El gobierno tendrá una organización interna, calcada sobre la de la Compañía de Jesús, con autoridad jerárquica: Superiora general, Provincial, Local.

El secreto, necesario en los primeros tiempos tan revueltos, no será considerado definitivo.

El fin es doble: la perfección personal y la santificación del prójimo. Los medios son múltiples según las circunstancias, pero la Sociedad abarca todas las obras de misericordia espirituales y temporales. Tiende a suplir todas las congregaciones suprimidas. Acepta a todas las personas, jóvenes o ancianas, pero con los signos de una verdadera vocación y que puedan asumir las obligaciones de la vida religiosa.

Si lo que concibió el P. de Clorivière es audaz para la Sociedad de los hombres, ciertamente aún lo es más para la de las mujeres, pues era cosa inaudita hasta entonces que unas religiosas vivieran sin hábito, sin el rezo del Oficio, sin clausura.

San Francisco de Sales había querido, inspirándose en San Ignacio, aligerar la apariencia externa de sus hermanas salesas y permitirles salir del convento para ir a visitar y cuidar a los enfermos pobres. Pero Roma encontró temeraria y prematura esta tentativa. Si salen, no serán religiosas canónicamente. Si quieren ser religiosas, que no salgan.

Francisco de Sales aceptó.

San Vicente de Paul quería también auxiliares de sus obras de caridad que, consagradas a Dios, no estuvieran necesariamente enclaustradas y aceptó que no hiciesen más que votos privados para poder entregarse a toda clase de obras de misericordia temporales y espirituales.

Llegó la Revolución que quería suprimir todas las Órdenes religiosas masculinas y femeninas o por lo menos hacer imposible su existencia en Francia.

Es entonces cuando Dios le inspiró al P. de Clorivière realizar la síntesis entre la concepción de san Francisco de Sales y la de san Vicente de Paul.

Las Hijas de María podrán “salir”, en contacto con el mundo; sin embargo serán religiosas canónicamente.

El Santo Padre Pío VII aprobó este nuevo género de vida, una primera vez en Roma verbalmente en 1801; una segunda vez en París más explícitamente en 1804; y una tercera vez en Fontainebleau, en audiencia privada, el 17 de marzo de 1813.

Después los Papas lo han aprobado, alabado, alentado.

El P. de Clorivière, es un precursor y bien puede considerarse como el fundador de la vida religiosa “en el mundo”, fórmula que lejos de envejecer es de aplicación cada vez más actual.